



Número 209
Diciembre 2020

HERALDOS DEL EVANGELIO



*Entregado
como víctima expiatoria*



Fotos: Gustavo Krahl

Hombre celestial y divino

En gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues tiene allá a mi padre fray Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino; pues yo le digo a mi hija, que después que se fue allá no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del Cielo. No creará la soledad que me causa su falta. Miren, que es un gran tesoro el que tienen allá en ese santo; todas las de esa casa traten y comuniquen con él sus almas; verán qué aprovechadas están y se hallarán muy adelante en todo lo que es espíritu y perfección; porque le ha dado Nuestro Señor para esto particular gracia...

Certificolas que estimara yo tener por acá a mi padre fray Juan de la Cruz, que de ve-

ras lo es de mi alma, y uno de los que más provecho le hacía el comunicarle. Háganlo ellas, mis hijas, con toda llaneza; que aseguro la pueden tener como conmigo misma y que les será de grande satisfacción; que es él muy espiritual y de grandes experiencias y letras. Por acá le echan mucho menos las que estaban hechas a su doctrina. Den gracias a Dios, que ha ordenado le tengan ahí tan cerca. Ya le escribo les acuda y sé de su gran caridad que lo hará en cualquiera necesidad que se ofrezca.

*Carta de Santa Teresa de Jesús
a la Madre Ana de Jesús,
priora de Beas. Diciembre de 1578.*

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Sílvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Carrera 16ª 86ª 18. Of. 402
Bogotá D.C
Tel 57-3504691595

revistacolombia@outlook.com

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		Santa Otilia de Alsacia – Ciega para sí, águila para Dios	32
Navidad ayer, hoy y siempre (Editorial)	5		La alabanza perfecta de la liturgia puesta junto al altar	36
	6		Espectadora de la Historia, escenario de dolores y glorias	39
La voz de los Papas – ¡Sin pecado concebida!		Comentario al Evangelio – ¿Jerarquía o igualdad?		
	8		Heraldos en el mundo	42
¿San Nicolás o Papá Noel?			Sucedió en la Iglesia y en el mundo	44
	22		Historia para niños... – Corazones inocentes... ¡como el mío!	46
La divina humildad expresada en la noche de Navidad		La historia de los Macabeos, ¡un ejemplo de fidelidad!		
	23		Los santos de cada día	48
Doña Lucilia Corrêa de Oliveira – Síntesis de bondad e inquebrantable firmeza	26		Un caramelo lleno de simbolismo	50
	26	Nostalgias de la Navidad		
	28			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.org.co



ESCRIBEN LOS LECTORES



EXCELENCIA DE UNA ESCUELA DE PENSAMIENTO Y CULTURA

Hace cerca de diez años que vengo leyendo la revista *Heraldos del Evangelio*. Son innumerables las gracias que he recibido y todo lo que he aprendido sobre nuestra amada y tan sufrida Iglesia. En cada número, que lo empiezo siempre por el santo del mes, mi amor por la institución divina de nuestra Iglesia crece cada vez más. Les estoy inconmensurablemente agradecido a ustedes y a Mons. João S. Clá Dias por esta tan bendecida iniciativa.

Como profesor universitario, no puedo dejar de mencionar la alegría y la esperanza que siento al ver artículos tan bien escritos, muchas veces por autores tan jóvenes. La forma elaborada, el vocabulario rico y las imágenes bien escogidas que utilizan dejan entrever la excelencia de la escuela de pensamiento y cultura creada por Mons. João. Además de densos, los artículos son siempre presentados de un modo atrayente, transmitiendo no sólo conocimiento, sino amor por lo que se presenta. Dejo aquí registrada mi afectuosa gratitud.

Rodrigo Ferreira
Vía revistacatolica.com.br

EN VUESTRO CORAZÓN NUESTRA SEÑORA YA TRIUNFÓ

La edición de agosto trajo un artículo, escrito por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, sobre el Reino de María, lleno de unción y de esperanza —como todo lo que escribe—, que revela la construcción maravillosa de una nueva era histórica, superior a cualquier imaginación. El artículo nos introduce en realidades

sobrenaturales desconocidas para el común de las personas, explicadas con una simplicidad que permite como que respirar lo que describe.

La revista *Heraldos del Evangelio* nos permite apreciar la riqueza espiritual de los autores de los diversos artículos que la componen. El hecho de que cada nueva publicación nos sorprenda con inéditas maravillas, escritas por jóvenes o adultos, posibilita vislumbrar la bendición que acompaña la obra de Mons. João S. Clá Dias. Según reza el conocido adagio: «De la abundancia del corazón habla la boca». Tales maravillas escritas sólo pueden ser fruto del divino Espíritu Santo, que inflama de amor e impulsa esta obra portentosa que se expande por el mundo entero.

Los elocuentes razonamientos que ilustran el artículo sobre el Reino de María me permiten comprender mejor ese algo especial que acompaña a los *Heraldos del Evangelio*. Son caballeros de la Virgen en cuyo corazón Nuestra Señora ya triunfó. Es un nuevo tipo humano que invita amorosa y pulcramente a la conversión, que verdaderamente puede ser calificado de apóstoles de los últimos tiempos, donde Nuestra Señora ya empezó a reinar.

José Nicolás Hoffmann Leigue
Santa Cruz de la Sierra — Bolivia

EL SECRETO PARA CONFIAR ES ESPERAR

La revista *Heraldos del Evangelio* forma parte de mi historia de conversión. Desde la fundación de la revista, de ella me hice suscriptora, en mis añorados veinte años de edad. Las ilustraciones, siempre cuidadosamente seleccionadas para llevarnos a admirar lo bello, nos remontan a la belleza, que es la morada celestial.

Me encanta leer el *Comentario al Evangelio*, hecho por el Rvdmo. Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los *Heraldos del Evan-*

gelio. En este mes de noviembre sus palabras, como siempre, se me han impreso en el alma.

Al tratar del tema de Jesucristo, Rey del universo, y del Secreto de Nuestra Señora, Mons. João ha conseguido inculcar en nosotros el ímpetu de perseverar en medio a la calamidad en que el mundo se encuentra. En los días actuales, no es nada fácil ser católico y, por eso mismo, ¿debemos cerrarnos en nosotros mismos? ¡No! Ahí es donde se encuentra el egoísmo que tanto ha asolado a la humanidad y que ha sido tan bien explicado en el artículo. Si actuamos así, nos cerraremos al auxilio sobrenatural.

Para ello, monseñor concluye hablando sobre la gracia de perseverar, al confiar en la certeza de la intervención de Dios en la Historia actual de la humanidad, la cual marcará el futuro y la eternidad, con el grito triunfante de Cristo Rey: «¡Confianza, yo vencí al mundo! ¡Confianza, yo fundé el Reino de María, mi Madre!». He aquí el secreto para confiar y esperar en medio de la desesperación del mundo que yace bajo el poder del Maligno.

María Aparecida Tavares Spagliare
Vía revistacatolica.com.br

¡CONTINÚEN DIFUNDIENDO LO BELLO!

Les agradezco el refrigerio que siempre obtengo al recibir esta revista, con materias tanto del fundador de los *Heraldos*, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, como de su maestro espiritual, el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira. Aportan doctrina católica, buen gusto y enormes incentivos para el espíritu cristiano que debemos tener. La leo en mi consulta, así como en mis turnos de guardia, y los pacientes siempre me preguntan sobre el origen y la creación de tan bonito trabajo. ¡Continúen difundiendo lo bello!

Tales García dos Santos
Vía revistacatolica.com.br

NAVIDAD AYER, HOY Y SIEMPRE

En la Santísima Trinidad la Navidad siempre existió, pues el Verbo de Dios es eterno. Por Él, en seis días, todas las cosas fueron hechas (cf. Jn 1, 1-3) también en función de Él quiso el Altísimo dedicar el último día de la Creación únicamente para sí: el sábado, el cual, tras ser vencido por la Resurrección del Salvador, le dejó el lugar al «día del Señor» —*dies Dominicus*.

Así, en los domingos evocamos tanto el descanso de la Creación como el ápice de ella, es decir, el Verbo Encarnado; por eso el Nacimiento de Jesús es como el «domingo del año».

Lucifer, sin embargo, no tolera la Navidad. Al rebelarse contra el Dios humanado, fue precipitado enseguida al Infierno, pero su saña diabólica no cesó. Procuró a toda costa impedir que de la Casa de David surgiera el Mesías. Minó las esperanzas del pueblo judío con pruebas, exilios y desastres. Y hasta en los momentos que rodeaban aquella santísima noche, emprendió embustes contra la vida de Jesús, insuflando odio en los que lo rechazaron (cf. Jn 1, 11).

Antes de aquel Niño los siglos se arrastraban en las tinieblas, haciéndose eco del murmurio de la serpiente: «Seréis como Dios» (Gén 3, 5). En Roma, emperadores se endiosaban por el poder; en Grecia, sofistas se endiosaban por el saber; en Israel, los fariseos se endiosaban por aparentar ser... ¿Y cuál fue la respuesta de la Providencia?: invertir los parámetros. ¿Queréis ser dioses? ¡Entonces tendréis a un Hombre Dios! Revestido de nuestra carne, Jesús nos elevó a la divinidad. Nacido en noble pesebre, nos concedió los tesoros del Cielo. Sin pronunciar palabras, atrajo hacia sí a la humanidad. Bastaba con ver al recién nacido para reconocerle (cf. Lc 2, 17).

El júbilo pronto se irradió en torno suyo. Los ángeles glorificaban al Divino Infante en las alturas celestiales, los pastores lo alababan en la tierra y todos los que oían la buena nueva de su nacimiento se quedaban maravillados (cf. Lc 2, 14-18). Pues bien, la Navidad es una oportunidad para que experimentemos una gota de ese sagrado ambiente. Bastan simples acordes navideños para que revivamos nuestra inocencia primaveral. En ese día, hasta las gracias son más abundantes: pecadores se convierten, familias retoman la concordia y naciones enemigas sellan armisticios...

Sin embargo, el mundo insiste en desconocer a Jesús (cf. Jn 1, 10). Lucifer continúa odiando la Navidad y todo lo que conlleva. Si en Belén se encontraba la más sagrada de las familias, la propia santidad encarnada, y el mayor acto de misericordia de Dios a la humanidad, precisamente por el ataque a la familia, a la virtud y a la religión es por el que se desfigura hoy el auténtico espíritu navideño.

La teoría está clara, pero ¿qué hacer en la práctica?

Este «domingo del año» es una ocasión para que también nosotros nazcamos «de nuevo» (cf. Jn 3, 3). ¿Cómo? Imitando el ejemplo de María en Belén. Si Ella conservó y conserva en su corazón todos los hechos ocurridos en torno al pesebre (cf. Lc 2, 19), por medio de Ella la Navidad alcanzará su máxima perfección. ✦



La Virgen con el Niño Jesús - Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, Antigua Guatemala

Foto: Javier Pérez Beltrán



¡Sin pecado concebida!

Actuando bajo la inspiración del Espíritu Santo el Beato Pío IX declaró, pronunció y definió como dogma la doctrina de la Inmaculada Concepción. Con ella, la Iglesia exalta jubilosamente la figura de aquella que aplastó triunfalmente la cabeza del demonio.

El inefable Dios eligió y preparó desde toda la eternidad a una Madre para que su Hijo unigénito en Ella se encarnara y naciera en la dichosa plenitud de los tiempos. La amó tanto que, por una soberana predilección, puso en Ella todas sus complacencias. La elevó incomparablemente por encima de todos los espíritus angélicos y de todos los santos. La colmó de la abundancia de los dones celestiales sacados del tesoro de la divinidad, de modo tan maravilloso que Ella, toda hermosa y perfecta, absolutamente libre de toda mancha de pecado, tenía en sí la mayor plenitud de inocencia y de santidad que se pueda concebir después de Dios; plenitud tal que, fuera de Dios, nadie la puede imaginar.

Era, por cierto, muy conveniente que esa tan venerable Madre refulgiera adornada siempre de los esplendores de la perfectísima santidad y que, inmune aun de la mancha de la culpa original, obtuviera el más completo triunfo sobre la antigua serpiente.

A Ella quiso el Padre eterno darle a su único Hijo, engendrado en su seno, igual a sí y por Él amado como a sí mismo. De tal manera que naturalmente fuera uno y el mismo Hijo común de Dios Padre y de la Virgen; a la que el propio Hijo escogió para hacerla sustancialmente su Madre y de la que el Espíritu Santo quiso que, por

obra suya, fuera concebido y naciera aquel de quien Él mismo procede. [...]

Doctrina siempre profesada en la Santa Iglesia

Es innegable que la doctrina de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María —cada vez más espléndidamente explicada, declarada y confirmada por el gravísimo sentir, magisterio, estudio, cien-

Diligente custodia y defensora de las doctrinas a ella confiadas, la Iglesia de Cristo jamás cambia en ellas nada, ni disminuye, ni añade

cia y sabiduría de la Iglesia, y tan maravillosamente propagada entre todos los pueblos y naciones del orbe católico— existió siempre en la propia Iglesia como recibida de nuestros antepasados y distinguida con el sello de doctrina revelada, como así lo atestiguan ilustres y venerados testimonios de la antigüedad de la Iglesia oriental y occidental.

Diligente custodia y defensora de las doctrinas a ella confiadas, la Iglesia de Cristo jamás cambia en ellas nada, ni disminuye, ni añade. Antes, tratando con escrupulosa fidelidad y sabiduría las enseñanzas esbozadas en tiempos antiguos y sembradas por los Santos Padres, trabaja por limarlas y pulirlas de tal manera que, conservando su plenitud, integridad e índole propia, reciban mayor claridad, luz y precisión, desarrollándose exclusivamente conforme su naturaleza, es decir, preservando la identidad del dogma, del sentido, de la doctrina.

¡Ella trituró triunfalmente la cabeza del demonio!

Instruidos por oráculos celestiales, los Padres de la Iglesia y los escritores eclesiásticos compusieron obras para explicar las Escrituras, defender los dogmas, instruir a los fieles. En ellas se empeñaron en predicar y ensalzar de muchas y maravillosas maneras la soberana santidad de la Virgen, su dignidad, su integridad exenta de cualquier mancha de pecado y su gloriosa victoria del terrible adversario del género humano.

«Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya» (Gén 3, 15). Por estas palabras Dios, anunciando al principio del mundo los remedios de su misericordia dispuestos para regenerar a los mortales,

confundió la audacia de la serpiente seductora y reencendió maravillosamente la esperanza de nuestro linaje. Cuando comentan este oráculo, los Padres de la Iglesia enseñan que fue clara y patentemente anunciando el misericordioso Redentor del género humano, Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, y designada su Santísima Madre, la Virgen María; y al mismo tiempo formalmente puestas de relieve las mismísimas enemistades del Hijo y de la Madre contra el demonio.

Por lo cual, así como Cristo, mediador entre Dios y los hombres, al asumir la naturaleza humana, anuló el decreto de condenación que existía contra nosotros y lo clavó victorioso en la cruz, así también la Santísima Virgen, unida a Él por estrecho e indisoluble vínculo, hostigando con Él y por Él eternamente a la venenosa serpiente, trituró triunfalmente con su pie inmaculado la cabeza de este enemigo. [...]

Doctrina que despierta la piedad y el amor

No es, pues, de extrañar que esta doctrina de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios, consignada en la divinas Escrituras, según opinión de los Padres de la Iglesia que la transmitieron por sus testimonios tan categóricos y numerosos, puesta de relieve y cantada por tan gloriosos monumentos de la veneranda antigüedad, haya sido propuesta y confirmada por el elevado magisterio de la Iglesia.

Tampoco hay nada de sorprendente en que esta doctrina haya despertado tanta piedad y amor en el clero y en los fieles, ni en que se ufanen en profesarla de forma cada vez más esplendorosa, o en que nada les sea más suave y deseable que venerar, invocar y celebrar en todas partes, con ardiente devoción, a la Virgen Madre de Dios, concebida sin pecado original. [...]



David Ayusso

Nuestra Señora del Apocalipsis
Casa Lumen Cœli, Mariporã (Brasil)

Tampoco hay nada de sorprendente en que esta doctrina haya despertado tanta piedad y amor en el clero y en los fieles

Sea creída firme y constantemente por todos los fieles

Por lo tanto, después de haber elevado, con humildad y ayunos, nuestras ininterrumpidas súplicas particulares y las plegarias públicas de la Iglesia a Dios Padre, por medio de su Hijo, para que se dignara dirigir y afianzar nuestra alma con la virtud del Espíritu Santo, imple-

rando el auxilio de toda la corte celestial e invocando con gemidos al Espíritu paráclito, e inspirándonoslo Él mismo, para honra de la santa e indivisible Trinidad, para glorificación de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la cristiana religión, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra: declaramos, afirmamos y definimos que ha sido revelada por Dios la doctrina según la cual la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original desde el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, y en consecuencia debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles.

Por lo cual, si algunos tuvieren la presunción —que Dios no lo permita— de sentir en su corazón diferente pensar de lo que Nos hemos definido, tengan conocimiento y sepan que se condenan por su propia sentencia, que han naufragado en la fe y se han separado de la unidad de la Iglesia; y sepan además que si osaren de palabra o por escrito o de cualquier otra manera expresar sus íntimos pensamientos incurrirán *ipso facto* en las penas establecidas por la ley.

¡Nuestros labios están llenos de gozo y nuestra lengua de júbilo!

Demos, y nunca dejemos de darlas, las más humildes y ardientes acciones de gracias a Nuestro Señor Jesucristo por habernos concedido, aun sin merecerlo, el singular beneficio de ofrendar y decretar este honor, esta gloria y esta alabanza a su Santísima Madre. ✧

Fragmentos de: BEATO PÍO IX.

«Ineffabilis Deus», 8/12/1854.

Traducción: Heraldos del Evangelio.

EVANGELIO

²² Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, ²³ de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», ²⁴ y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones».

²⁵ Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. ²⁶ Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor.

²⁷ Impulsado por el Espíritu, fue al Templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con Él lo acostumbrado según la Ley, ²⁸ Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: ²⁹ «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. ³⁰ Porque mis ojos han visto a tu Salvador, ³¹ a quien has presentado ante todos los pueblos: ³² luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».

³³ Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción ³⁵ —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, ³⁷ y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. ³⁸ Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

³⁹ Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰ El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con Él (Lc 2, 22-40).



La Presentación del Niño Jesús en el Templo
Iglesia del Gesú, Miami (EE. UU.)

¿Jerarquía o igualdad?

A lo largo de treinta años de vida familiar, el Hombre Dios ofrece el ejemplo de la obediencia perfecta a un mundo en el que impera la mentalidad igualitaria y el espíritu de rebelión contra toda autoridad.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA CÉLULA «MATER» DE LA SOCIEDAD

Las palabras de la liturgia son divinas, pues han sido dictadas por el Espíritu Santo a los autores sagrados y recogidas con sabiduría por la Santa Iglesia. Cada uno de los pensamientos que las lecturas de la fiesta de la Sagrada Familia nos sugieren sería suficiente para que, al detenernos un instante en ellos y meditarlos, enriquezcamos el alma y el corazón. En ellas se condensan toda una serie de verdades enseñadas por Dios respecto a un punto fundamental que atañe a la sociedad y a la propia Iglesia: la vida familiar. La familia es la célula *mater* de la sociedad, donde se forjan los hombres y mujeres de valor que constituirán el mundo del futuro, y es también la fuente de vocaciones religiosas para el servicio de la Iglesia.

Al ser una institución de derecho natural —como lo demuestra la historia de todos los pueblos, desde la Antigüedad más remota—, la familia fue considerada por Jesucristo de tal modo que elevó el matrimonio a la categoría de sacramento, con el propósito de infundir en los esposos las gracias necesarias para cumplir, con vistas sobrenaturales, el deber que les cabe.

De hecho, por encima de todas sus funciones, la familia tiene una misión salvífica. Ya que nuestro destino final no está aquí en la tierra —en la que estamos sólo de paso—, sino en la eternidad, no existe en el matrimonio objetivo más grande que el que un cónyuge santifique al otro, y ambos santifiquen a los hijos. Se trata, por tanto, de llevar la vida familiar en Dios, de manera que Él sea el elemento esencial de las relaciones entre marido y mujer, padres e hijos. Si la familia se cimienta en la gracia y en la piedad, aunque se abatan sobre ella dramas y vicisitudes, todo será más fácil y la paz reinará en ella.

En la Sagrada Familia tenemos el modelo admirable de cómo enfrentar las dificultades y los dolores de la existencia con espíritu elevado: padre, madre e hijo vivían en una perfecta armonía porque Dios estaba en el centro. Por eso, en esta fiesta, reza la Oración colecta: «Dios, Padre nuestro, que has propuesto a la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo, concédenos, te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del Cielo»¹. Imitemos en nuestros lares las

*Si la familia
se cimienta
en la gracia y
en la piedad
todo será más
fácil y la paz
reinará en ella*

En la Sagrada Familia tenemos el modelo admirable de cómo enfrentar las dificultades y los dolores de la existencia con espíritu elevado

virtudes de Jesús, María y José para que, traspasado el umbral de la muerte, seamos integrados para siempre en la familia eterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, junto con todos los ángeles y bienaventurados. Dios quiere conferirnos la inmensa felicidad de convivir con Él en el Cielo y para eso Él mismo se encarnó y vivió treinta años en una familia —mientras que tan sólo pasó tres para exponer su doctrina!—, dándonos así una clara noción de la importancia del núcleo familiar y el patrón de cómo éste debe ser.

II – POR MEDIO DE MARÍA, EL REDENTOR SE OFRECE OFICIALMENTE AL PADRE

²² Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, ²³ de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», ²⁴ y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones».

Cuando el pueblo elegido fue liberado, por la mano fuerte de Dios, de la esclavitud en la que se encontraba en Egipto, la última de las diez plagas infligidas para convencer al faraón a dejarlo marchar fue la muerte de los primogénitos de todo el país. El Señor, no obstante, ordenó a los israelitas que marcaran el dintel y las jambas de la puerta de sus casas con la sangre del cordero inmolado en el crepúsculo, con el objetivo de que al pasar el exterminador no fueran alcanzados por el azote divino, siendo así respetados los primogénitos de Israel (cf. Éx 12, 12-13).

Por esta razón, Dios asumió como suyos a los primogénitos de los hebreos, tanto hombres como animales (cf. Éx 13, 2; 34, 19). Teóricamente, los padres tenían que olvidarse de su primer hijo y entregarlo como víctima para el altar del Señor. Pero Dios prohibía los sacrificios humanos, como posteriormente fue prescrito por la ley de Moisés (cf. Lev 18, 21; 20, 13; Dt 12, 31), y entonces esos niños eran destinados al sacerdocio. Más tarde, cuando Dios reservó a los levitas para su culto (cf. Éx 32, 26-29; Núm 3, 12; 8, 14), mandó, en contrapartida, que los primogénitos fueran rescatados por la familia pagando un im-

puesto bastante considerable: cinco siclos de plata (cf. Núm 3, 47; 18, 16), lo equivalente a la mitad de la paga anual de un obrero asalariado.² Ya en los tiempos del Nuevo Testamento, según los cálculos realizados por los exegetas, esa cantidad correspondía a casi un mes de trabajo.³

Por otro lado, la mujer debía purificarse después de cada parto y ofrecer un cordero en holocausto por el recién nacido y un pichón o una tórtola como sacrificio expiatorio (cf. Lev 12, 47); o bien dos tórtolas o dos pichones en el caso de las familias más pobres (cf. Lev 12, 8).

El Templo de Jerusalén, escenario del acontecimiento relatado en el Evangelio de hoy, había sido reconstruido con mucho menos esplendor material que el anterior, que fue levantado por Salomón con magnificencia y riqueza extraordinaria y destruido por Nabucodonosor. Tal era la diferencia, que los judíos más ancianos, al contemplar la nueva construcción, lloraban a gritos (cf. Esd 3, 12-13), porque aquel edificio no era la maravilla que habían visto antes del exilio en Babilonia. Pero el profeta Ageo les reveló que la gloria del segundo templo sería mayor que la del primero (cf. Ag 2, 39), y esa profecía se cumplió al pie de la letra, pues este segundo recibió la visita del Mesías prometido: el niño que entró en los brazos de María era el mismo Dios hecho hombre, que iba a ser presentado en su templo.

Fidelidad y obediencia en el cumplimiento de la ley

María Santísima, concebida sin pecado original, inocentísima, que no conoció varón y que engendró a Jesús por el poder del Espíritu Santo, Virgen antes, durante y después del parto, no necesitaba purificarse. Sin embargo, meticulosamente fiel en la observancia religiosa y amante de la excelsa virtud de la obediencia, quiso cumplir la ley que obligaba a toda mujer, además de consagrar a su hijo a Dios, para luego rescatarlo.

«También convino —afirma Santo Tomás— que la Madre se conformase con la humildad del Hijo [...]. Y por eso, así como Cristo, a pesar de no estar sometido a la ley, quiso experimentar la circuncisión y las otras cargas de la ley, para darnos ejemplo de humildad y obediencia, para dar su aprobación a la ley, y para quitar a los judíos la ocasión de cualquier calumnia, por esas mismas razones quiso que también su Madre cumpliera las observancias de la ley, a pesar de no estar sujeta a las mismas».⁴



Gustavo Kraijl

La Sagrada Familia - Catedral de Cuzco (Perú)

La entrega solemne y oficial de su Hijo como víctima expiatoria

Debido a nuestra mentalidad cronológica, juzgamos que el impuesto establecido por Dios a través de Moisés fue el factor determinante del episodio contemplado en la liturgia de este domingo. No obstante, si lo analizamos desde un prisma más elevado, vemos que el objetivo primordial de Dios al promulgar esas leyes —ya sea la relativa a los primogénitos, ya la referente a las madres— fue el de que en un día dado se realizara esta presentación, para que muy próximo de su nacimiento, Jesucristo fuese entregado en holocausto como hostia de reparación.

Jesús fue en todo único en la Historia: primero, por ser doblemente primogénito, tanto de su Madre Santísima, en el tiempo, como de Dios

Padre, en la eternidad; segundo, porque al presentarlo en el Templo, la Virgen lo hizo de todo corazón y con la comprensión de la gran perspectiva que se abriría ante sí, es decir, devolver a Dios a aquel que era de Dios, para que en el futuro fuera realmente inmolado como ofrenda, al derramar su propia sangre. Ella ya sabía que así sería redimido el género humano y estaba de acuerdo con esto desde el día de la Anunciación: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). San José también tenía esa noción, de modo que ambos desempeñaron el papel de sacerdotes al estar presentándole a Dios un sacrificio. Con razón, la Virgen María es llamada Madre y Reina de los sacerdotes.

A su vez, el niño, en cuanto Verbo de Dios, poseía la ciencia divina e increada; y, en cuanto hombre, gozaba tanto de la ciencia beatífica —ya que desde su concepción su alma siempre estuvo contemplando a Dios cara a cara— como de la ciencia infusa, con la que abarcaba el inicio de todas las cosas, mediante las especies inteligibles proporcionadas por Dios a su entendimiento. Además, a su naturaleza humana excelentísima se le añadía la ciencia experimental, aquella que se adquiere progresivamente por el esfuerzo de la inteligencia, transformando en ideas las impresiones que los sentidos transmiten a la imaginación. Así pues, cuando en la tierna edad de un bebé entró en el Templo en los brazos de María, Jesús constató, con su sensibilidad humana, aquello que había visto desde toda la eternidad. De esta forma se completaba, en lo referente a su misión, el ciclo perfecto de todos sus conocimientos.

Arrebatado por una inmensa emoción, en su humanidad, se entregó de manera solemne y oficial al Padre como víctima expiatoria, teniendo pleno conocimiento del significado de aquella ceremonia y, sobre todo, de la finalidad de su Encarnación y de cuánto iría a sufrir. Este ofrecimiento ya lo había hecho desde el primer instante en que fue creado, como se lee en la Carta a los hebreos: «Por eso, al entrar Él en el mundo dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expia-

En cuanto Verbo, el niño poseía la ciencia divina e increada; y, en cuanto hombre, gozaba tanto de la ciencia beatífica como de la ciencia infusa

Ella, fiel en la observancia religiosa y amante de la excelsa virtud de la obediencia, quiso cumplir la ley que obligaba a toda mujer

torias. Entonces Yo dije: He aquí que vengo —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— para hacer, ioh Dios!, tu voluntad» (10, 57). Pero ahora esto se verificaba por las manos de María, y Jesús, enteramente dispuesto a obedecer en todo a su Madre, lo aceptó con alegría, sometiéndose —Él, el Creador del universo, el Todopoderoso— a quien tenía aquí en la tierra gobierno sobre Él.

Y aunque había sido rescatado por María y José mediante una suma de dinero, sólo lo fue de forma temporaria, hasta el momento de la Pasión. Llegada la hora de subir al Calvario, no había cordero que lo substituyera, ni pago... Lo crucificaron.

Ahora bien, no era posible que María Santísima y San José llevaran al Niño Jesús al Templo y, en una ocasión tan trascendental para el acontecer humano y para el conjunto de la obra de la Creación, no hubiera especiales manifestaciones del Espíritu Santo.

Un anciano flexible a las mociones del Espíritu Santo

²⁵ Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. ²⁶ Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. ^{27a} Impulsado por el Espíritu, fue al Templo.

El viejo Simeón era, según el evangelista, «justo y piadoso». De él se puede afirmar que, sin conocer a Jesucristo e incluso antes de que éste hubiera nacido en Belén, ya podía ser llamado cristiano; sin que Él le hubiera dado el ejemplo, ya lo imitaba. ¡Qué mérito admirable!

Era, sin duda, un alma de fuego que ansiaba la venida del Mesías y la pedía insistentemente a Dios. ¡Cuánta aridez y probación no debe haber pasado este hombre viendo a Israel decadente, Jerusalén en la ruina espiritual, el Templo deshonrado por mercaderes... y sin condiciones de hacer nada! Tal vez se afligiría ante el número de almas que se perdían y, al presentar a Dios los sacrificios, se preguntaría acerca del valor de los mismos, porque eran ofrecidos por sus manos, a su juicio tan miserables. «Cuando surja el Mesías, —pensaría seguramente— ¡Él sí que hará una oblación perfecta y todo el pueblo será purificado!».

Por eso recibió fortísimas mociones del Espíritu Santo y —quién sabe si por una aparición angélica o por una voz interior, vigorosa y convincente— le fue revelado que no moriría sin ver al Salvador prometido. Pero ¿tendría una sensibilidad permanente respecto a esa

previsión o vivía momentos de aridez? Lo cierto es que guardó hasta el final una esperanza llena de fe.

En aquel día sintió un impulso sobrenatural para ir al Templo y fue dócil a él. Está claro que no tenía motivos para ir, ya que no le tocaba el turno sacerdotal o, quizá, ya estuviera retirado; sin embargo, de edad avanzada y con dificultad de movimiento, en una época de frío invernal, venció los achaques de la vejez y salió por las calles, ávido, ágil, con una solicitud y un ánimo de los que no había dispuesto ni en su juventud, a la búsqueda del Cristo que iba a llegar.

El premio de quien es justo y piadoso

^{27b} Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con Él lo acostumbrado según la ley, ²⁸ Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo.

Cuando Simeón vio entrar a San José y a María con el Niño Jesús, su corazón palpitó de emo-



Detalle de La Presentación del Niño Jesús en el Templo - Iglesia del Gesú, Miami (EE. UU.)

ción... ¡Por fin, allí estaba el Mesías! Ciertamente los llamaría y les haría pasar delante de las otras familias y de las otras madres, que esperaban para ser atendidas por los sacerdotes de oficio para cumplir también la ley.

Cabe destacar el modo con el que la Providencia siempre actúa: promete algo y da mucho más. En su humildad de varón justo, Simeón imaginaba que avisaría al Redentor andando por los caminos o en alguna plaza; realizada así la promesa, podía morir. Pero obtuvo el privilegio de coger a Cristo bebé, con tan sólo cuarenta días de edad. ¡Dios en sus brazos!... Nos es permitido conjeturar que el Niño Jesús, al mirarlo, tendría con él gestos de delicadeza y afectuosidad únicos; tal vez le habría tirado de las barbas al anciano con sus divinas manos.

Tales demostraciones dejarían conmovido a Simeón en lo más íntimo de su alma, formando en ella una especie de arco gótico: por un lado, Dios, que era aquel niño, actuaba «con la mano derecha» en su interior, inundándolo de contentamiento, de entusiasmo y de un extraordinario regocijo ante la sabiduría divina y el futuro que le esperaba a Él; por otro, el niño, que era Dios, completaba en lo exterior los sentimientos experimentados en su íntimo, acariciando «con la mano izquierda» sus barbas y comunicándole, con su sonrisa, un auge de consolación...

«Simeón, que buscaba con un deseo piadoso y fiel, encontró al que buscaba y reconoció al que encontró sin ningún otro indicio, es decir, sin testimonio humano alguno. [...] ¿Podemos imaginarnos cómo penetraba aquel Cristo suave y manso en el seno castísimo del piadoso anciano [...], e inspiraba sus sentimientos? [...] El alma del anciano se derretía en el abrazo de este Ungido [...] y decía: “[...] veo ya lo que esperé, tengo lo que deseé, abrazo lo que ansié. Veo a Dios mi Salvador revestido de mi carne, y se ha salvado mi alma. [...] Simplemente con tocar a este Niño, a este Hombre nuevo, se ha renovado mi juven-

tud como la de un águila, tal como se me prometía poco antes: *Iré hasta el altar de Dios*, en el que María ofrece al Padre, *al Dios que alegra mi ancianidad, es más, renovará mi juventud*”».⁵

He aquí el premio de quien es justo y piadoso. El que practica la virtud y reza con perseverancia atrae la bienquerencia de Dios y es recompensado. Debemos recoger, en este momento, un ejemplo para nosotros: nunca relajarnos en el ejercicio de la oración. Si, manteniéndonos en la justicia y en la piedad, pedimos con constancia alguna gracia, ésta nos será concedida con largueza, aunque sea sólo al final de la vida.

El sentido de la misión universal del Mesías

²⁹ «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. ³⁰ Porque mis ojos han visto a tu Salvador, ³¹ a quien has presentado ante todos los pueblos: ³² luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».

En este inspirado cántico de Simeón trasparece su alegría, al constatar que le fueron remediadas sus aflicciones, escuchadas sus plegarias y coronados sus esfuerzos en busca de la perfección. ¿Para qué vivir después de esto? Su vocación estaba concluida; la promesa, cumplida.

En sus palabras sobresale, además, el sentido de la misión universal de Jesucristo. Está viendo en aquel niño el completo alcance de la Redención, que advino para «todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones». Tal afirmación en los labios de un judío es inusitada, ya que eran extremadamente nacionalistas. Simeón hablaba como verdadero profeta, por una revelación del Espíritu Santo. En una escena de incomparable belleza, el Antiguo Testamento, en la persona de Simeón, encerraba su último acto, tomando en las manos al Nuevo Testamento en Persona.



Angélica Ferreira

He aquí el premio de quien es justo y piadoso. El que practica la virtud y reza con perseverancia atrae la bienquerencia de Dios y es recompensado

*María ya era
conocedora de
la Redención
que su divino
Hijo iba a
realizar y
había dado
un «sí» a
la voluntad
de Dios*

*Un matrimonio que impacta,
un niño que atrae...*

³³ Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

María y José debieron haberse preguntado cómo llegó Simeón a tan alto conocimiento del destino de Jesús, dado que sólo ellos dos, y sus primos Zacarías e Isabel, conocían tal misterio y nunca habían conversado con nadie más al respecto.

Es probable que la declaración de Simeón provocase un tremendo movimiento en torno de la Sagrada Familia, una vez que no lo dijo exclusivamente para ellos, sino también para las personas que se encontraban allí. De hecho, tanto el ritual de la presentación del primogénito como el de la purificación de la madre eran actos públicos, a los que podía asistir cualquier persona. Después de atravesar el Atrio llamado de las Mujeres y subir los escalones que conducían al de Israel —trayecto, por cierto, obligatorio para las madres que iban a purificarse—, era posible observar los sacrificios desde una grada más elevada de la escalinata o desde una pequeña puerta, un lugar muy apropiado para comentarios sociales.⁶

Nada más entrar, María, recogida, llevando un vestido hasta los pies como se usaba en esa época, y la cabeza cubierta con un velo, que sólo dejaba ver una parte de la cara, seguramente causaría admiración, pues era una mujer bellísima, completamente fuera de lo común. San José también debió impresionar por su carácter e irradiar un imponderable de mucha seriedad y fuerte personalidad. Aquel santo matrimonio impactaba. Y con la índole comunicativa propia de los orientales, sin duda que las otras mujeres pararían a la Santísima Virgen por el camino, haciéndole preguntas sobre la criatura que llevaba en sus brazos.

Sí, mucho más que las palabras de Simeón, el niño llamaba la atención y producía encanto, sobre todo cuando, habiéndole quitado los pañales que lo envolvían, María lo presentó a la vista de todos y lo levantó para entregárselo a Simeón. ¿Quién era ese niño? El infante más bello que jamás existió en toda la Historia y como nunca habrá otro igual; un niño extraordinario, colosal, lleno de inteligencia; el Creador del universo, la Luz del mundo, el Hijo de Dios.

Piedra de escándalo

³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Éste ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción [...], ^{35b} para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Inspirado todavía por el Espíritu Santo, Simeón anuncia que Jesús será causa de salvación y ruina para muchos en Israel —y, podemos añadir, en todo el mundo—, y resalta su vocación de piedra de escándalo. Cuando Cristo, la Verdad encarnada, aparece —por ser Él y por su vida, más que por su doctrina—, dará motivos para que muchos de los que habían ocultado sus pecados, encubriéndolos con los sofismas más variados, se vean denunciados. Todo se volverá explícito.

Debemos compenetrarnos de que quien abraza el camino de Jesús con sinceridad y trata de vivirlo en sí, mediante una conducta transparente, impregnada de santidad, acaba transformándose en piedra de escándalo y signo de contradicción, como Él, propiciando la ocasión para que muchos corazones se revelen.



La Presentación del Niño Jesús en el Templo
Catedral de San Bavón, Gante (Bélgica)

Una espada que traspasa el alma, pero no toca el cuerpo

^{35a} «...y a ti misma una espada te traspasará el alma...»

Esta frase de Simeón es una referencia clara y evidente a los tormentos de la Pasión. María, como hemos mencionado antes, ya era conocedora de la Redención que su divino Hijo iba a realizar, y había dado un «sí» a la voluntad de Dios. Con todo, estaba oyendo en ese instante la previsión que hacía alguien de su misma naturaleza, un sacerdote del Templo que Ella amaba —pues había servido allí durante su infancia—, y tenía noción de la veneración con la que esos ministros del Señor debían ser considerados. Por lo tanto, acataba, como si fuera la palabra del mismo Espíritu Santo, lo que él le decía en aquel momento. El anciano le estaba indicando con mucha precisión lo que le esperaba, ya que, de hecho, una espada traspasaría su alma sin tocarle el cuerpo en absoluto. En esa hora, consciente de que enfrentaría el horrible padecimiento de ver a su Hijo morir crucificado, habrá dicho en su corazón: «¡Dios mío, aquí está tu esclava! Acepto enterísimamente cualquiera que sea el sacrificio».

He aquí la disposición de espíritu a la que estamos llamados: estar siempre dispuestos a dejar que la espada del sufrimiento traspase nuestra alma. Si entre los miles de títulos con los que se honra a la Santísima Virgen existe el de Nuestra Señora de los Dolores, se debe a que Dios, amándola como la ama, no ha querido que le faltase el beneficio del dolor.

Un modelo de mujer en la Iglesia

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, ³⁷ y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba



Juan Carlos Villagómez

Nuestra Señora de los Dolores - Casa de los Heraldos del Evangelio de Quito

plimiento de su misión pública. El primero es el sacerdote Simeón y el segundo la profetisa Ana, una mujer que es descrita detalladamente como ninguna otra en el Nuevo Testamento, ya que el tercer evangelista quería presentar la declaración de ella de forma bien fidedigna y auténtica. Al mismo tiempo, ella merecía esos elogios, pues, aunque no se haga mención a su justicia, resulta indudable que, al igual que Simeón, se trata de una persona justa. Por consiguiente, San Lucas abarca en este testimonio al género humano, hombre y mujer.

Ana es un ejemplo de penitencia, de generosidad, de amor, de apostolado. Es el modelo de la mujer en la Iglesia, a quien le cabe tener espíritu de penitencia, ser siempre generosa, dando de sí todo, estar llena de amor a Dios y del continuo deseo de hacer el bien a los otros. Además, el texto evangélico subraya que ella «no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día», con el objetivo de mostrar que Dios escogió a una mujer dedicada a la verdadera vida contemplativa.

Y todos estamos invitados a no abandonar nunca, no el Templo de Jerusalén, sino el templo de Dios, que es todo aquel que está en su gracia, porque Jesús afirmó: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él

del Templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. ³⁸ Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Así como la ley mosaica exigía dos declarantes para toda afirmación o comprobación de hechos en un juicio (cf. Núm 35, 30; Dt 17, 6; 19, 15), San Lucas también incluye, al comienzo de su Evangelio, dos testigos de la divinidad de Jesús, a fin de sellar la entrada del Salvador en su Templo y dar inicio al cumplimiento de su misión pública.

He aquí la disposición de espíritu a la que estamos llamados: estar siempre dispuestos a dejar que la espada del sufrimiento traspase nuestra alma

Cristo quiso encarnarse, pasar nueve meses en el claustro materno y santísimo de la Virgen y nacer como un niño

y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Debemos vivir en este templo sirviendo a Dios constantemente, o sea, con la preocupación puesta en su gloria. No pensemos, sin embargo, que Ana, a lo largo de sus ochenta y cuatro años, gozaba de modo permanente de un entusiasmo sensible, sin que le sobreviniesen dificultades o aridez; eso, después del pecado original, no existe en la naturaleza humana. Ahora bien, rezar apoyándonos en el mero sentimiento sería actuar sólo de acuerdo con los instintos, cuando lo necesario, por el contrario, es que nuestra piedad sea bastante lógica, basada en los principios de la Fe, como lo era la de Ana.

Pongamos ahora la atención en el ambiente que se había creado en torno de la Sagrada Familia, ante la previsión de Simeón, cuando Ana, ya reconocida como profetisa y de venerable ancianidad, entra en escena... Los que estaban allí presentes debieron de haberse hecho a un lado para abrirle paso, manteniendo la mirada fija en ella, a la expectativa de lo que iba a decir. A pesar de que sus palabras no han sido consignadas, es posible conjeturar que haría tal proclamación sobre aquel niño, que habría dejado a todos aterrorizados.

Treinta años de ejemplar obediencia

³⁹ Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰ El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con Él.

Dios, al igual que creó a Adán del barro, modelando un bellissimo muñeco al que infundió el alma, podía perfectamente haber formado una figura maravillosa, por ejemplo, con polvo de diamante, de la que hubiera salido Jesús ya en edad adulta, listo para iniciar su vida pública. Con todo, quiso encarnarse, pasar nueve meses en el claustro materno y santísimo de la Virgen y nacer como un niño. Lloró y todavía no habla, aunque sea el Creador del universo; Él, el Todopoderoso, capaz de asumir en un instante la plenitud de la fuerza corporal, fue adquiriéndola gradualmente. Prefirió crecer y desarrollarse por el proceso natural, dentro de la vida de familia.

A primera vista, la constitución de la Sagrada Familia es un misterio. San José, por ser el jefe, el *pater*, el patriarca, posee más autoridad y es dueño del fruto de su esposa, ya que se casó con María. Ella, por su lado, debido al privilegio de la ma-

ternidad divina, no es madre sólo de la naturaleza humana del niño, sino también de su persona, y, por tanto, como Madre de la segunda Persona de la Santísima Trinidad unida hipostáticamente a ese niño, tiene potestad sobre Dios; no obstante, Ella se sujeta a José. Finalmente, Jesús, como hijo, vive bajo la obediencia, y acepta en todas las cosas la orientación y la educación de José y de María. Paradójica situación: el Creador y Redentor omnipotente, el Autor de la gracia, aquel cuyo origen se pierde en la eternidad, habiendo instituido una familia, se somete totalmente al dominio de su padre legal, que no es padre por la sangre, y al de su madre, criatura nacida en el tiempo.

Imaginemos a Jesús cuando está aprendiendo a hablar y siendo enseñado por María, o a los 15 años, dócil a San José en los trabajos de la carpintería, cuando bien podía, con un simple acto de su voluntad, transformar aquellas maderas en los muebles más bellos y perfectos que jamás han existido. «El más grande se somete al más pequeño. [...] José era de mayor edad, por eso Jesús le honra con el respeto que se debe a un padre. [...] José sabe que Jesús le superaba en todo y en todo le estaba sometido y, conociendo la superioridad de su inferior, José, temeroso, le manda con moderación»⁷.

¿Por qué esta inversión? Para mostrarnos cómo debemos ser fieles a la jerarquía, incluso si el que ha sido llamado a mandar no es el más virtuoso ni el más fuerte... La Providencia es celosa y quiere que esto sea así. Y el Niño Jesús sabía que daba más gloria al Padre del Cielo honrando a su padre de la tierra. Él, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, decidió hacerse uno entre los hombres, en su Encarnación, a fin de operar la Redención desde dentro de la naturaleza humana y conquistar la realeza sobre ellos, convirtiéndose en una fuente de perdón inagotable y plenamente satisfactorio para todos los pecados.

III – EN OPOSICIÓN A UN MUNDO IGUALITARIO, EL DIVINO EJEMPLO DE LA OBEDIENCIA

A la luz de la doctrina que el Evangelio de la fiesta de la Sagrada Familia nos ofrece, la primera lectura (Ecl 3, 37.14-17a) adquiere una perspectiva altísima: «Quien honra a su padre expía sus pecados, y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros. [...] la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar

tus pecados. En la tribulación el Señor se acordará de ti» (Eclo 3, 34.14-15).

En este pasaje sobresale una regla de orden, de disciplina y de respeto que apasiona y emociona: en la familia existe una jerarquía perfecta creada por Dios; sin embargo, esto no se aplica únicamente a los padres carnales, sino a toda autoridad, y sobre todo a la religiosa. Así, pues, quien ama este principio es perdonado de sus pecados, porque esa reverencia que se

le tributa a los superiores es, en el fondo, un acto de religión y de culto a Dios, que le alcanza, en consecuencia, gracias estupidas.

Cuando cada uno de nosotros seamos llamados a obedecer, según su estado, acordémonos del Niño Jesús: su camino aquí en la tierra fue pasar, dentro del contexto familiar, treinta años de vida oculta y sumisa a San José y a María Santísima. Obviamente, Él no tenía culpas que reparar, sino que, eso sí, rescataba las transgresiones de la humanidad.

Ahora bien, ese «honra a su padre», del que Jesús nos dio ejemplo, es un deber que contunde



Angells David Ferreira

La Sagrada Familia - Iglesia de San Esteban, Nueva Jersey (EE. UU.)

der la existencia de la igualdad absoluta. Dios no crea dos seres repetidos como si fuera tartamudo. Por el contrario, Dios es antigalitario; ama la jerarquía y quiere una sociedad humana escalonada, de modo que unos dependan de los otros y consideren con alegría los aspectos por donde los demás son superiores a él. Por tanto, si queremos un día vivir en la Sagrada Familia de la Santísima Trinidad en el Cielo, contemplando a Dios cara a cara, comprendamos que la vía de la obediencia, de la flexibilidad y de la sumisión vale más que todas las obras que podamos realizar. ✧

profundamente la mentalidad liberal de nuestros días. La vía revolucionaria que el mundo contemporáneo predica es la de la rebelión contra toda autoridad, de la sublevación ante cualquier mandato y la promoción del igualitarismo. Quien tiene este estado de espíritu no «expía sus pecados», ni «acumula tesoros».

Sí, todos somos iguales, porque tenemos cabeza, tronco y extremidades, pero es una insensatez defender

Dios es antigalitario; ama la jerarquía y quiere una sociedad humana escalonada

¹ FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ. Oración colecta. In: MISAL ROMANO. Texto unificado en lengua española. Edición típica aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Congregación para el Culto Divino. 17.ª ed. San Adrián del Besós

(Barcelona): Coeditores Litúrgicos, 2001, p. 166.

² Cf. TUYA, OP, Manuel de; SALGUERO, OP, José. *Introducción a la Biblia*. Madrid: BAC, 1967, v. II, p. 343.

³ Cf. RICCIOTTI, Giuseppe. *Vita di Gesù Cristo*. 14.ª ed. Città del Vaticano: T. Poliglotta Vaticana, 1941, p. 282.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 37, a. 4.

⁵ BEATO GUERRICO DE IGNY. En la Purificación. Sermón II, n.º 2-3. In: *Camino de Luz. Sermones litúrgicos*. Burgos: Monte Carmelo, 2003, v. I, pp. 154-157.

⁶ Cf. FILLION, Louis-Claude. *Vida de Nuestro*

Señor Jesucristo. Infancia y Bautismo. Madrid: Rialp, 2000, v. I, p. 180; EDERSHEIM, Alfred. *The Life and Times of Jesus the Messiah*. Grand Rapids (MI): Eerdmans, 1976, v. I, p. 197.

⁷ ORÍGENES. In *Lucam*. Homilía XX: MG 13, 1852-1853.



¿San Nicolás o Papá Noel?

La mayoría de los niños sabe responder de dónde viene el famoso Papá Noel: «¡Del Polo Norte!». Sin embargo, pocos conocen a San Nicolás, figura que parece haber sido borrada de la Historia...



Hna. Antonella Ochipinti González, EP

«**N**oche de paz, noche de amor! Ha nacido el niño Dios en un humilde portal de Belén...».

Después de los cantos que caracterizan la esperada Nochebuena, tan cargada de maravillas para las almas inocentes, y en medio a un ambiente de bienquerencia y expectativa que marca ese período del año ocurre algo insólito en los hogares...

Con la certeza de que todos ya se encuentran inmersos en un profundo sueño, a través de la chimenea de la casa o por alguna otra entrada que muchos hasta hoy no han descubierto, se cuele un personaje. Llega volando desde tierras lejanas montado en un curioso trineo tirado por renos, simulando una especie de carruaje, transporte éste en el cual todo niño ha deseado algún día subirse, aunque fuera en sueños...

Ahora bien, ¿qué hace ese misterioso visitante —curiosamente, al que nunca se le confunde con un ladrón— llegando esa madrugada navideña mientras todos ya están dormidos?

De barba siempre blanca y larga, se presenta con «sorpresas» es-

condidas en grandes sacos rojos: regalos de todo tipo, los cuales distribuye con abundancia y prodigalidad, como queriendo agradecer sin esperar nada a cambio.

A este generoso personaje unos lo llaman Papá Noel y otros Santa Claus. Ambos nombres se refieren al mismo individuo, cuya fama es mundialmente conocida y perdura hasta nuestros días, más viva que nunca, dándonos la impresión de que es eterna.

Todo niño, de cualquier localidad del globo terráqueo, sabe decir de dónde viene: «¡Del Polo Norte!». Pero ¿acaso será éste de verdad su punto de partida? Lo cierto es que su viaje histórico se revela aún más lejano y fantástico que su mítica circunnavegación nocturna alrededor de la Tierra... Y en él nos vamos a adentrar.

Defensor de la fe y generoso padre

En realidad, esta figura navideña no es tan imaginaria como parece. Se refiere a un varón de Asia Menor cuyo nacimiento se remonta al siglo III —por tanto, ¡no en el Polo Norte!—, concretamente donde hoy se localiza Turquía.

De nombre Nicolás, nació de una familia acomodada, en Licia, provincia romana situada junto al mar Mediterráneo. Por las virtudes que brillaban en su alma fue elegido obispo de Mira, una de las ciudades más importantes de la región, y ejercía su ministerio con energía y bondad.

Siempre celoso de la sana doctrina, tomó severas medidas contra el paganismo y combatió incansablemente las herejías. Pero sus obras de caridad para con el prójimo fueron las que lo hicieron célebre en todo el orbe cristiano.

Milagros hechos en vida

Uno de esos episodios se volvió conocido aún en vida, valiéndole la devoción de los fieles y una fuerte fama de santidad.

En aquella época había en Mira un juez que, bajo presión de soborno, condenó a muerte a tres hombres inocentes. Ahora bien, en el momento de la ejecución el bondadoso Nicolás apareció en el lugar, arrancó el arma de las manos del verdugo, reprendió al inicuo juez y les dio la libertad a los sentenciados.



En el momento de la ejecución el bondadoso Nicolás apareció en el lugar, arrancó el arma de las manos del verdugo y les dio la libertad

San Nicolás salvando a los tres inocentes, por Mariotto di Nardo - Museos Vaticanos. En la página anterior: San Nicolás bendice a un niño - Iglesia del Santo Cristo, Ciudadela de Menorca (España)

Poco después ocurrió en Constantinopla otro hecho similar: tres oficiales fueron indebidamente condenados. ¡Pobre justicia temporal, tan a menudo regida por la infamia de la ambición en lugar del amor a la Verdad! Sin embargo, los reos habían presenciado la escena narrada arriba y no lo dudaron: llenos de devoción por la figura del imponente y paternal San Nicolás, se pusieron a rezar enseguida, rogándole que también los salvara, aunque desde la distancia... He aquí que esa misma noche el emperador Constantino soñó con el santo, que le ordenaba que liberara a aquellos infelices, iporqué eran inocentes!

Al día siguiente, Constantino llamó a los tres condenados y al interrogarlos se enteró de que habían invocado a «Nicolás de Mira» para pedirle su auxilio. Conmovido, el emperador los soltó.

¡Patrón de los niños!

San Nicolás murió el 6 de diciembre, a mediados del siglo IV. Las virtudes practicadas por este varón lo llevaron a alcanzar un alto grado de santidad y sus milagros *post mortem* le sirvieron para enaltecerlo aún más. De este modo se convirtió rápidamente en uno de los santos más conocidos de la Iglesia Católica.

Con respecto a él existen numerosos hechos cuya memoria ha perdurado por los siglos. Los marineros lo tienen como patrón y en ciertas regiones hasta hoy día conservan la costumbre de desearse unos a otros un buen viaje diciendo: «¡Que San Nicolás lleve tu timón!».

No obstante, el más famoso de sus títulos siempre fue el de «patrón de los niños». Esto se debe principalmente a dos episodios. El primero ocurrió cuando el santo obispo supo que el padre de tres muchachas tenía serios apuros financieros y no conseguía pagar la dote necesaria para el casamiento de sus hijas,

Escondido entre la penumbra de la noche, se dirigió a la casa donde vivían y arrojó un saquito lleno de monedas de oro

San Nicolás echando las monedas en el interior de la casa de las tres doncellas, por Bicci di Lorenzo - Museo Metropolitan de Arte, Nueva York



lo que las llevaría a adoptar una vida errante...

Lleno de compasión por los miembros de esa familia, Nicolás se dirigió a la casa donde vivían y, escondido entre la penumbra de la noche, lanzó por la chimenea un saquito lleno de monedas de oro, con el fin de ayudarles. Así lo hizo tres veces. Algunas versiones de la historia llegan a afirmar que uno de esos generosos saquitos cayó justo dentro del calcetín de una de las jóvenes que estaba colgado de la chimenea secándose...

El segundo hecho consiste en un magnífico milagro obrado en vida por San Nicolás: la resurrección de tres chiquillos que habían sido asesinados! Este acontecimiento fue el que terminó consagrándolo oficialmente como patrón y protector de los niños.

Así, en varios países se estableció la piadosa tradición de darle regalos a los más pequeños el 6 de diciembre, en honor de San Nicolás.

¿Cómo pudo transformarse en Papá Noel?

Tras conocer tales maravillas es comprensible, querido lector, que por su cabeza ronde la siguiente duda:

¿qué tiene que ver Papá Noel con esa descripción sobre San Nicolás? ¿Cómo llegó a convertirse el tan virtuoso obispo de Mira en un habitante del Polo Norte que, en una sola noche, les reparte regalos de Navidad a todos los niños del mundo?

La transformación del santo en una quimera tiene sus más remotos orígenes en la Reforma protestante. Así como muchos siglos atrás el emperador Diocleciano había intentado acabar con la persona de Nicolás, los reformadores trataron de borrar de la Historia y, sobre todo, de los corazones de los fieles el recuerdo de ese gran varón.

En muchos hogares un pagano Papá Noel sustituye a San Nicolás y quiere sustituir también al propio Niño Jesús!

Sin embargo, la devoción a él estaba tan arraigada en Europa que no desapareció por completo. La figura de San Nicolás se mezcló con entes mitológicos, alguno de ellos bastante antipáticos y agresivos, dando origen a personajes como el *Sinterklaas* holandés, que pasó al Nuevo Mundo con los emigrantes de esa nación.

A lo largo del siglo XIX, fue tomando en Nueva York su actual fisonomía. En 1822 el poeta Clement Moore escribió un libro titulado *A Visit from Saint Nicholas*, en el cual presentaba a un personaje procedente del norte, en un trineo tirado por renos voladores. Años más tarde, en 1863, el caricaturista político Thomas Nast hizo un dibujo para la revista *Harper's Weekly*, en el cual ya presentaba las características que hoy conocemos: un hombre de edad avanzada, corpulento, risueño, de poblada barba blanca.

Desde entonces varias empresas comenzaron a aprovecharse de esa figura navideña como medio de publicidad, incluso Coca-Cola, responsable de consagrar definitivamente su traje rojo y blanco, en 1920.



A la izquierda, portada de la revista «Harper's Weekly» del 3 de enero de 1863, con una de las primeras representaciones del moderno Santa Claus; en el centro, dibujo de Thomas Nast para la misma publicación, en 1881, para la misma publicación; a la derecha, una de las ilustraciones creadas por Haddon Sundblom para Coca-Cola en las décadas de 1920 y 1930

Fotos: Reproducción

¡Festejemos la Navidad con auténtico espíritu de fe!

Como puede verse, Santa Claus es, por tanto, la distorsión del santo y generoso obispo de Mira, patrón de los navegantes, de los niños y de muchos lugares.

Aquel virtuoso varón que brilló por su caridad y supo proclamar la verdadera fisonomía cristiana de la Navidad fue sustituido por el laico Papá Noel que hoy conocemos y transformado en propagador del consumismo. Para muchos hombres de hoy, Santa Claus está en el centro de todas las conmemoraciones, ocupando el sitio del Niño Jesús, icaya y alegría de la Navidad!...

Por consiguiente, mucho más que simples nomenclaturas históricas, se podría decir que esos personajes —Papá Noel y San Nicolás— simbolizan, ante el sublime hecho del Nacimiento del Divino Infante, dos mentalidades opuestas: una es la de los que, con sus horizontes puestos en este mundo terrenal, «vuelan» por los aires de las fantasías frívolas presentadas por



San Nicolás - Basílica de Nuestra Señora de Luján (Argentina)

el consumismo; la otra es la de los que con alegría y fe preparan sus almas para recibir en la Navidad no solamente al simpático obispo de Mira con sus regalos, isino al mismo Hombre Dios!

Pidamos, pues, la intercesión de San Nicolás, a fin de que nos conceda en esta Navidad los regalos espirituales de los que carecen nuestras almas, para que, como él, podamos ser generosos, retribuyendo con una vida pura todo el amor que emana del corazoncito del Niño Jesús por cada uno de nosotros.

Así, más que esperar regalos que perecen, sepamos prepararnos para el premio eterno, haciendo nuestra ofrenda de amor y gratitud al Divino Infante en la conmemoración de su natalicio.

Que la Navidad de este año de 2020 sea enaltecida por los coros angélicos como siendo la noche de paz que contempló por primera vez a su Creador y Señor omnipotente en un frágil niño, rodeado por los brazos virginales de María Santísima. Y que todo el orbe sepa reconocer en esta misteriosa noche la grandeza de un Dios que se hizo hombre, a fin de hacernos como Dios. ✧

Fue un modelo de caridad cristiana

Plinio Corrêa de Oliveira

Personaje envuelto en la áurea e inocente leyenda navideña, San Nicolás fue un modelo de caridad cristiana, desvelado bienhechor del prójimo más necesitado, al cual le prodigaba su auxilio, sin que éste supiera de dónde le venía el inestimable socorro.

Príncipe de la Iglesia, sucesor de los Apóstoles, su compasión y generosidad lo convirtieron para

siempre en esa figura mítica, empayada de bondad y cariño, fuente de las alegrías y sonrisas con las que los niños festejan sus regalos de Navidad.

También yo, de niño, esperaba ansioso la mañana del 25 de diciembre, con la seguridad de que el buen San Nicolás vendría durante la noche a depositar a los pies de nuestra cama los juguetes que tanto deseábamos. Y él nos los traía siempre...

La divina humildad expresada en la noche de Navidad

«Y tú, Belén Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti voy a sacar al que ha de gobernar Israel»...

El misterio de la noche de Navidad nos enseña a vivir la virtud de la humildad.



Cardenal Raymundo Damasceno Assis

Tanto el Adviento como la Navidad nos recuerdan el acontecimiento sublime y divino de Dios encarnado que, para salvarnos, se hizo pequeño.

En el hecho sublime de la Encarnación contemplamos, primeramente, la humilde condición del ser humano, ser frágil y con restricciones.

Dios vino a visitarnos

Al contemplar la Encarnación vemos a Dios que vino a visitarnos en nuestra pobre carne mortal: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Para habitar entre nosotros, el Verbo divino escogió nacer en Belén. Habitar evoca un espacio concreto y limitado. Al nacer en Belén, Jesús manifestó la grandeza de la pequeña ciudad de Judá, lugar imperceptible en el contexto geográfico, escogida para dar lugar al nacimiento del Salvador. Esta es la lógica de Dios —que está sorprendiéndonos siempre— muy bien expresada en las palabras del profeta: «Y tú, Belén Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti voy a sacar al que ha de gobernar Israel» (Miq 5, 1).

Los tratados de espiritualidad siempre destacaron esta indiscutible y profunda verdad teológica: la humildad es uno de los elementos cristológicos de mayor relevancia. Y el misterio de la noche de Navidad en Belén de Judá nos enseña a vivir la virtud de la humildad. Estamos ante una realidad: «Dios está en medio de nosotros, se encarnó y se hizo uno de nosotros».

Así pues, el «Dios-con-nosotros» (cf. Mt 1, 23) produce en la comunidad eclesial mucho más que un mero sentimiento. Se trata —lo subrayo— de una constatación: Dios, en su «humildad», está en medio de nosotros.

Significado y valor del pesebre

En la Encarnación la grandeza y la omnipotencia de Dios se revelan en la fragilidad de la criatura humana. Esto está muy bien expresado en la bella carta apostólica *Admirabile signum*, escrita por el Papa Francisco para destacar el significado y el valor del pesebre —por cierto, tan bien promovido en las casas de la familia de los Heraldos del Evangelio.

En esa carta leemos que «el pesebre es desde su origen franciscano

una invitación a “sentir”, a “tocar” la pobreza que el Hijo de Dios eligió para sí mismo en su encarnación. Y así, es implícitamente una llamada a seguirlo en el camino de la humildad, de la pobreza, del despojo, que desde la gruta de Belén conduce hasta la cruz. Es una llamada a encontrarlo y servirlo con misericordia en los hermanos y hermanas más necesitados (cf. Mt 25,31-46)».

Tiempo de alegría

Teniendo presente en nuestras vidas esta oportuna reflexión que nos ofrece el Papa Francisco, vivamos este tiempo de Adviento y de Navidad, queridos Heraldos del Evangelio, inspirados por el ejemplo del Señor. Este es un tiempo de alegría, porque un corazón humilde siempre estará alegre. Es un tiempo de esperanza, pues Dios nos sorprende siempre, transformándonos con su amor misericordioso y abriéndonos caminos con su cercanía amorosa.

Les expreso, con afecto, mis fraternales votos de una feliz y santa Navidad, con el deseo de que, juntos, podamos, en el año venidero, permanecer asistidos por la dulce y suave fuerza del Espíritu. ✧

La historia de los Macabeos, ¡un ejemplo de fidelidad!

Cuando la ley de Dios está en juego, todos los sacrificios, toda la dedicación y toda la constancia en la fe valen la pena. Al ser Él Rey y Señor tiene derecho a ser alabado y obedecido, aunque eso nos cueste la sangre del cuerpo y la del espíritu.



Gabriel Ferreira Paiva

La historia de los Macabeos es, sin lugar a duda, una de las más hermosas de la Sagrada Escritura.

El testimonio de un amor adamantino a la ley de Dios, de una fidelidad eximia a su santo Nombre y de una fuerza sobrehumana que se impone sobre la propia flaqueza distinguió el periplo de aquellos varones y damas que lucharon en Judea y los hizo dignos de marcar la Historia con su constancia.

El Altísimo se complace con la fidelidad de los suyos, sobre todo cuando ésta es demostrada hasta el extremo, «porque en el fuego se prueba el oro, y los que agradan a Dios en el horno de la humillación» (Eclo 2, 5).

Así trató el Señor a su pueblo durante las persecuciones que por entonces se habían desatado e igualmente así manifestó su poder...

Antíoco Epífanes, un vástago perverso

Nos encontramos en el siglo IV a. C. Alejandro Magno se había convertido en uno de los mayores potentados del orbe, hasta el punto de que ningún ejército conseguía hacerle frente: «Llegó hasta el confín del mundo, saqueó innumerables nacio-

nes... la tierra enmudeció ante él» (1 Mac 1, 3).

Sin embargo, tras someter bajo su yugo a algunos de los pueblos más influyentes de aquel tiempo —como el reino de los persas—, sintió que la muerte se avecinaba. Entonces convocó a los altos oficiales y repartió entre ellos su imperio. Todos ciñeron la diadema real y sus hijos los sucedieron por muchos años, haciendo que el mal se multiplicara por toda la tierra (cf. 1 Mac 1, 7-9).

No es de extrañar que de entre esos reyes surgiera «un vástago perverso: Antíoco Epífanes» (1 Mac 1, 10), el cual subió al trono de Siria en el año 175 a. C. «También se le conoció por el sobrenombre de *epímane*, maníaco, a causa de su orgullo, que le impulsaba a igualarse con Zeus».¹

Llevado por la ambición, Antíoco planeó conquistar Egipto. Atacó al rey Ptolomeo VI, que huyó en desbandada, y de regreso a Siria marchó rumbo a Jerusalén, donde entró triunfante. Saqueó el Templo, apoderándose de los objetos de valor que lo adornaban, y volvió a su tierra, tras haber matado a los judíos que se le habían opuesto.

Dos años después atacó nuevamente Jerusalén, donde estableció una ciudadela. Decretó por escrito órde-

nes que los habitantes de Judá tenían que adoptar: «se prohibía ofrecer en el santuario holocaustos, sacrificios y libaciones, y guardar los sábados y las fiestas; se mandaba contaminar el santuario y a los fieles, construyendo aras, templos y capillas idolátricas, sacrificando cerdos y animales inmundos; tenían que dejar sin circuncidar a los niños y profanarse a sí mismos con toda clase de impurezas y abominaciones, de manera que olvidaran la ley y cambiaran todas las costumbres» (1 Mac 1, 45-49). Además, mandó que se irguiera sobre el altar lo que el primer libro de los Macabeos califica de «la abominación de la desolación» (1, 54), a quien, de ahí en adelante, los judíos deberían adorar como dios.

Nadie que viniera a contrariar sus órdenes se libraría del castigo.

Una conquista desde hace tiempo preparada

Gran parte de los judíos no presentaban resistencia, pues hacía mucho que sus almas estaban corroidas por el desamor al Dios de Israel y a su causa. A tal punto que varios de ellos ya se habían mancomunado con los paganos para adoptar sus malas costumbres y prácticas perversas (cf. 1 Mac 1, 12-13).

En efecto, el libro de los Macabeos describe que antes incluso de la invasión de Antíoco los israelitas partidarios del helenismo «construyeron en Jerusalén un gimnasio, disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza santa, se asociaron a los gentiles y se vendieron para hacer el mal» (1 Mac 1, 14-15).

El deseo de una vida más adaptada a los hábitos nuevos de los griegos agitaba, cada día, el corazón de los *aggiornati* judíos de aquel tiempo. La religión, las costumbres, la moral y las prescripciones de sus antepasados estaban desfasadas y condenadas al olvido más completo...

Para ellos valía más vivir de acuerdo con los dictámenes de la tierra que con las leyes del Cielo.

Desolación entre los pocos fieles

Los pocos que osaron hacerle frente al conquistador fueron cruelmente masacrados por sus soldados. Dicen la Escrituras que «una cólera terrible se abatió sobre Israel» (1 Mac 1, 64): las mujeres que circuncidaban a sus hijos, los que habían realizado el rito y

los propios niños eran asesinados por mandato del rey. Igual destino tenían aquellos que conservaran algún libro de la Alianza o persistieran en seguir las prescripciones de la ley divina.

Los que escaparon del furor de los paganos se refugiaron en lugares solitarios y allí mantenían, en la medida de lo posible, la práctica de la verdadera religión. Pero su situación se volvía cada vez más difícil...

Quizá sea por eso que, al inicio, al primero y segundo libro de los Macabeos se les llamara en las traducciones al latín *Angustiae filiorum Dei* y *Angustiae templi*,² respectivamente.

Aceptar tal desolación y dejarse masacrar fue, para esos judíos, su muestra de amor a Dios y a su ley. No obstante, ¿sería eso suficiente?

Impulsado por justa cólera

«Por entonces surgió Matatías, hijo de Juan, hijo de Simón sacerdote de la familia de Joarib; aunque oriundo de Jerusalén, se había establecido en Modín» (1 Mac 2, 1) con sus hijos: Juan, apodado el Feliz; Simón, llamado el Fanático; Judas, apellidado Ma-

cabeo; Eleazar, denominado Avarán; y Jonatán, conocido como Apfús.

Emisarios de Antíoco llegaron a Modín para obligar a sus habitantes a que sacrificaran al ídolo. Su objetivo principal era conseguir la apostasía de Matatías, pues al ser un hombre influyente y respetado serviría de ejemplo a sus compatriotas de cómo se debía abandonar la ley divina sin escrúpulos ni pesar.

El día señalado para el sacrificio, Matatías compareció en el lugar para ver cómo se desarrollarían los hechos. Al ser intimado por los emisarios a cumplir la orden real, él se negó rotundamente, declarando que no se desviaría de la verdadera religión «ni a derecha ni a izquierda» (1 Mac 2, 22), junto con toda su familia.

No obstante, tan pronto como terminó de pronunciar tales palabras un judío se adelantó a sacrificar al ídolo ante toda la asamblea. «Al verlo, Matatías se indignó, tembló de cólera y, en un arrebato de ira santa, corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara» (1 Mac 2, 24). También le quitó la vida al oficial del rey encargado de obligarlos a la apostasía y llamó a sí a quienes quisieran resistir, por amor a Dios, hasta el final.

Inicio de la resistencia

Instalada la rebelión de los Macabeos, se fortificaron en refugios alejados de la ciudad. La conducta de Matatías sería muy diferente de la que hasta entonces habían adoptado los israelitas. No venía para perder sino para ganar. En efecto, en la hora de la dificultad es cuando aparecen, con todo el ímpetu del amor, los verdaderos hijos de Dios.

Ahora bien, ocurrió que muchos de los judíos que se habían refugiado en el desierto fueron alcanzados por los sirios y masacrados sin ninguna resistencia, dejándose matar, pues era día de sábado y no querían romper el descanso prescrito por la ley...



En un arrebato de ira santa, Matatías corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara

Matatías y el apóstata, por Gustave Doré

Cuando Matatías supo esto decidió no actuar como ellos, incluso aunque fuera sábado; de lo contrario, nadie sobreviviría a los ataques de los paganos. Reunió a un ejército y empezó a recorrer el país exterminando a los judíos prevaricadores, destruyendo los altares de los ídolos y persiguiendo a los enemigos (cf. 1 Mac 2, 44-47).

La actitud de Matatías revela algo de aquella astucia de la serpiente que el divino Maestro les ordenaría tuvieran los hijos de la luz (cf. Mt 10, 16). No se ciñó a la letra de la ley, sino que supo discernir la necesidad de abdicar de una costumbre santa para defender valores aún más altos.

Por otra parte, digna de admiración es también la postura de sus seguidores: atendieron a la voz del hombre de Dios, seguros de que el camino por él señalado conducía a la victoria.

Martillo de Dios contra los paganos

Tras la muerte de Matatías, su hijo Judas Macabeo tomó el mando del ejército. Sus hazañas fueron simplemente innumerables.

Se cuenta que Judas era llamado Macabeo a causa de la forma de su cabeza, que se parecía a un martillo —*maqaneth* en hebreo y *maqgaba* en arameo.³ Fue con ese nombre con el que su familia y la resistencia de los israelitas en Tierra Santa pasaron a la Historia, y ningún otro podría ser más adecuado, pues fueron verdaderos martillos de Dios contra los paganos.

Asumido por Dios en todas sus empresas, Judas Macabeo venció con la fuerza del Altísimo y puso en fuga a sus enemigos. Junto con sus hermanos derrotó a los sucesivos generales enviados por el rey Antíoco, el cual, humillado en su orgullo, murió de disgusto tras conocer que



Después de incontables luchas los Macabeos consiguieron romper el dominio de los paganos

Judas Macabeo - Capilla de Nuestra Señora de la Consolación, Pierrelongue (Francia)

sus tropas habían sido aniquiladas (cf. 1 Mac 6, 8-16).

Después de incontables luchas y dificultades, los Macabeos consiguieron, por fin, romper el dominio de los paganos en su territorio. La religión del verdadero Dios volvió a ser practicada, con mucho más fervor que antes y «la tierra de Judá gozó de sosiego por algún tiempo» (1 Mac 7, 50).

Aparente desmentido y verdadera victoria

Sin embargo, tras la muerte de Judas «volvieron a surgir apóstatas por

todo el territorio de Israel y levantaron cabeza todos los malhechores» (1 Mac 9, 23). Los judíos renegados proseguían sus maquinaciones (cf. 1 Mac 9, 58; 10, 61; 11, 25), y la perspectiva de una nueva apostasía del pueblo elegido se vislumbraba con claridad en el horizonte.

Ante esto, se podría pensar que la lucha de los Macabeos fue noble y heroica, pero inútil. No extirparon la verdadera raíz de la iniquidad: los falsos practicantes de la verdadera religión. Sus vidas habrían sido sacrificadas en pro de la realización fugaz de un «sueño de ojos abiertos», condenado a no tener continuidad en el tiempo.

¿Valió la pena tanta fidelidad a una ley que ya estaba olvidada en su nación? ¿Valió la pena tal lealtad a un Dios que, hacía mucho, había sido abandonado por gran parte del pueblo? ¿No habría sido mejor que Matatías y sus descendientes hubieran adoptado una política más conciliadora, cediendo parcialmente a las exigencias del enemigo en lugar de tratarlo con tanta intransigencia?

Dice el poeta Fernando Pessoa que «todo vale la pena, si el alma no es pequeña».⁴

Cuando Dios y su Ley están en juego, todos los sacrificios, toda la dedicación y toda la constancia se vuelven un deber de justicia. Como supremo Rey y Señor, tiene derecho a ser alabado y obedecido, aunque eso nos cueste la sangre del cuerpo y la del espíritu.

Por haber sido un ejemplo de fidelidad a Dios en medio de lo absurdo y de la desilusión, los Macabeos merecieron brillar en el firmamento de la Iglesia y de la Historia. Proclaman por todos los siglos que sólo en Él se encuentra la verdadera victoria. Por eso hoy son y siempre serán dignos de nuestra admiración. ✦

¹ ARNALDICH, OFM, Luis. *Biblia comentada. Libros históricos del Antiguo Testamen-*

to. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1963, p. 960.

² Cf. Ídem, p. 949. Del latín: *Las angustias de los hijos de Dios y Las angustias del Templo.*

⁴ PESSOA, Fernando. *Mensagem.* Lisboa: Parceria António Maria Pereira, 1934, p. 64.

³ Cf. Ídem, ibídem.

Síntesis de bondad e inquebrantable firmeza

Doña Lucilia poseía un conjunto armónico de virtudes que le permitía unir la bondad a la firmeza, la misericordia a la justicia, la afabilidad a la seriedad de espíritu, y discernir lo que las situaciones y las personas tenían de bueno o de malo.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Uno de los muchos dones con los que la Providencia quiso colmar a Dña. Lucilia, a fin de que ella cumpliera de modo eximio su misión de madre y formadora, fue el discernimiento de las psicologías.

Distinguía, por ejemplo, de entre los amigos del Dr. Plinio los que lo eran auténticamente de algún que otro que no lo era. Dos episodios demuestran la singularidad de ese don.

Una vez, el Dr. Plinio convidó a un joven colega suyo de los círculos católicos a que fuera a cenar a su casa. Durante la comida Dña. Lucilia observaba discretamente al invitado y entreveía algo peculiar en él. Así que se marchó, le dijo a su hijo:

—Ten cuidado con esa mano... la manera como sujeta el tenedor es muy extraña...

Pronto los hechos confirmaron su presentimiento: poco tiempo después ese joven abandonó a sus correccionarios, causándole grandes sinsabores al Dr. Plinio.

En otra ocasión, invitó a almorzar también en su casa a uno de sus amigos más allegados, que pertenecía a las Congregaciones Marianas. Durante la comida sonó el teléfono.

A continuación, se acercó la empleada a avisarle al Dr. Plinio de que el Sr. X tenía un asunto urgente que tratar con él. Entonces interrumpió el almuerzo para atenderlo. Como el teléfono estaba en una sala contigua, Dña. Lucilia y el visitante también se dirigieron hacia allí; en los temas tratados en esa llamada se jugaban altos intereses de la causa católica.

Terminada la llamada, volvieron a la mesa y la conversación retomó su curso. Cuando el visitante se retiró, Dña. Lucilia le preguntó al Dr. Plinio:

—¿Viste su reacción mientras hablabas por teléfono?

—No, mamá, estaba tan absorto en la conversación que no presté atención.

Con un tono de voz grave, pero que dejaba traslucir aún más todo el afecto que le profesaba, le advirtió:

—Hijo mío, cuidado con ese amigo tuyo... Siempre que estabas con una fisonomía preocupada, él se manifestaba contento; cuando le dabas una buena respuesta a tu interlocutor y le ponías los puntos sobre las íes, permanecía indiferente o mostraba tristeza... ¡Ese no es tu amigo!

Poco después, el Dr. Plinio recibía de ese «amigo» una verdadera puñalada traperá...

Uno se puede preguntar cómo Dña. Lucilia, una persona tan reconocidamente bondadosa, tenía una desconfianza que la llevaba a discernir el mal a través de detalles aparentemente insignificantes. De hecho, el concepto de bondad que se difundió en numerosos medios católicos, en especial a partir de finales de los años treinta, era bastante distinto de la verdadera concepción que de esa virtud enseña la Iglesia.

Desde entonces existe la tendencia a confundir la bondad con una complacencia respecto a ciertas formas de mal, lo que redundará casi



siempre en cerrar los ojos obstinadamente ante él, como si no existiera.

Muy diferente era el alma de Dña. Lucilia, en la cual se reunían, en una admirable síntesis, la bondad y una inquebrantable firmeza de principios; la misericordia y un aguzado sentido de la justicia; la afabilidad y una entera seriedad de espíritu. Este conjunto armónico de virtudes le permitía, con cierta frecuencia, percibir lo que las situaciones y las personas tenían de bueno y de malo.

Un afectuoso engaño

Siempre maternal, Dña. Lucilia se compadecía de un modo muy especial de los desvalidos, a quienes dispensaba, cuando lo necesitaban, todo tipo de afabilidad y consuelo.

La manera como trataba a uno de sus parientes lejanos, que había tenido la desgracia de quedarse ciego de niño por una negligencia médica, es un ejemplo de esos atributos.

El hecho de que él fuera ateo declarado hacía que Dña. Lucilia tuviera todavía más pena del infeliz. Por eso no perdía la oportunidad de hacerle algún bien, con la intención de tocar su alma. Con frecuencia lo recibía para almorzar o cenar, y en esas circunstancias lo entretenía largas horas. Acto de caridad del cual también participaban el Dr. João Paulo (su marido) y el Dr. Plinio.

Sabiendo que este pariente suyo tenía muy buen apetito, y conociendo su moderación, Dña. Lucilia convino con la empleada que cuando le hiciera una señal se acercara con la bandeja y, sin que él lo notara, le sirviera un poco más. Ahora bien, él tenía el hábito de recorrer con el tenedor los bordes del plato y después toda la superficie, en busca de los alimentos. De repente, cuando creía que ya había terminado, encontraba —con evidente agrado— íotra porción de comida!

Doña Lucilia procedió así hasta la avanzada vejez de ese pariente, satisfaciendo no sólo sus gustos gastronómicos, sino también disponiéndose para la conversación que más le agradara. Era la solicitud llevada al último extremo.

«¡Pobrecita, no hagas eso!...»

En Dña. Lucilia, ese deseo de hacer el bien era tan grande que abarcaba incluso a los seres más insignificantes.

Un día, durante la comida, el Dr. Plinio notó un movimiento extraño fuera de la casa debajo del follaje. Sorprendido, se lo comentó a Dña. Lucilia:

—Mamá, mira qué cosa más rara es aquel movimiento de allí.

Ella no dijo ni sí ni no, eludiendo contestar.

Únicamente asintió:

—Ya. Algo había percibido.

—Pues yo sólo lo estoy notando ahora —respondió, más categórico.

Entonces él se dirigió a la empleada que les servía la mesa diciéndole:

—Anna, vaya a ver qué es lo que hay en aquel muro.

Doña Lucilia permaneció en silencio. La criada sonrió y, con su particular pronunciación portuguesa, le dijo:

—«*Seu doutôire*», ¿no se ha dado cuenta? Dña. Lucilia está disimulando.

—¿Y qué me está ocultando?

—Una gata que está allí con sus crías.

El Dr. Plinio se disgustó, pero no con su madre —¡eso nunca!—, sino con la idea de ver el muro lleno de gatitos andando de un lado a otro: en poco tiempo habrían crecido y el jardín estaría superpoblado de esos simpáticos animales; cuando menos se lo esperaran, empezaría a colarse en la casa. Si fuera uno o dos, tendría un pase, pero una camada entera...

Inmediatamente, con decisión, le dijo a la criada:

—Coja una escoba o la manguera de regar el jardín y eche a la gata con todos sus gatitos fuera del terreno de nuestra casa.

Doña Lucilia, con pena de la gata, se vuelve hacia su hijo y ligeramente afligida le dice:

—¡Ay, pobrecita! No hagas eso. ¿No ves que puede perder a alguna de sus crías y no volver a encontrarla nunca?

Su corazón materno se sentía como desgarrado ante tal perspectiva. No obstante, su hijo intentó argumentarlo:

—Mamá, ella no tiene raciocinio. Pierde a una cría como uno de nosotros pierde un pelo del cabello.

Pero Dña. Lucilia quería, más que hacer un silogismo, tocar sus sentimientos:

—¡Pobrecita! No hagas eso.

«Pobrecita» era dicho con tanta bondad y tanta pena, que el Dr. Plinio no resistió y le dijo a la criada:

—Anna, cuide de esa gata y llévele leche todos los días.

Aquella gata, como ser irracional, no podía tener conocimiento de su propia existencia. Pero ya que sobre ella había posado la compasión, llena de dulzura, de Dña. Lucilia... en vez de un chorro, habría leche para toda la gatería. ✧

Extraído, con algunas adaptaciones, de: «Doña Lucilia».

Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 360-362; 372-374.



os Santos Corrêa de Oliveira,
, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.
rgen - Calle 75 n° 11-87, B/ El Lago - Bogotá D.C.
091) 746-87-87

Nostalgias de la Navidad

Al narrar las reminiscencias de su niñez, el Dr. Plinio se complacía en recrear el ambiente de inocencia que envolvía las celebraciones navideñas de esa época. Especialmente en su hogar donde la piedad y el afecto de Dña. Lucilia las revestían de una alegría muy especial.

Plinio Corrêa de Oliveira



Quizá no hay nada que extrañe tanto de mi infancia como la gracia de la Navidad. Lo más maravilloso que hubo para mí a esa edad quedó en mi memoria representado por esa fiesta. ¡La alegría de la Navidad! ¡Era intensa, sosegada, dulce, elevada, «ordenativa», «equilibrante»!

La alegría previa a las celebraciones

Cuando se acercaba la Navidad todo era asumido por una paz, un recogimiento. Algo que, como un susurro venido de muy alto, mi alma sentía más elocuente que todos los discursos, que me invitaba a no prestar atención en otras cosas. Me parecía que un principio de pureza, de limpieza, de honestidad, de bondad y de candor bajaba sobre la tierra y alteraba las almas de todos los hombres: la maldad humana se encogía y los ángeles abrían sus alas. A mí me daba realmente la impresión de que bajaban a la tierra...

En los diez o quince días que la antecedían ya se iba estableciendo cierta expectativa y la alegría empezaba a descender sobre la pequeña ciudad de São Paulo, impregnando el ambiente por todos los rincones.

Para los niños dicho sentimiento no era en absoluto teórico: se trataba al mismo tiempo de la ansiedad por la venida del Niño Jesús y de la perspectiva de la fiesta de la Navidad, en sus aspectos humanos y terrenos. Esto formaba parte de las armonías y delicadezas de alma que sólo la Iglesia Católica es capaz de transmitir.

Preparando la Navidad de los niños

Doña Lucilia, mi madre, era el centro de la familia con respecto al trato con los pequeños, pues poseía una extraordinaria maña para ello y tenía un gran cariño, cuyo desbordamiento agradaba enormemente a la chiquillería. Si hubiera querido habría dirigido un colegio a la perfección, de una manera muy calma, suave y delicada.

Al ser mi madre la animadora de la Navidad, ésta era para ella, en cierto sentido, su fiesta.

Aprovechaba la costumbre de su época y de su entorno, pero, a la vez, se posicionaba contra ella. Gozábamos de un período de especial prosperidad en São Paulo y las familias organizaban grandes fiestas navideñas: les daban buenos regalos a sus hijos, montaban árboles de Navidad

con toda clase de adornos y numerosos comestibles. Sin embargo, todo aquello tenía como objetivo el disfrute de la vida para los niños y el aspecto religioso, cuando existía, era vago.

Así pues, mi madre aprovechaba esa fiesta de la muchachada para añadir en ella una nota de piedad muy acentuada, con el fin de transmitirnos la idea de la alegría buena, lícita, honesta, y terrena, santificada por la yuxtaposición de la sacralidad.

A nuestra casa llegaban grandes cajas procedentes de las tiendas, que los mayores recibían y «confiscaban» inmediatamente, para que los niños no pudieran abrirlas. Eran, evidentemente, regalos y adornos para el árbol de Navidad... También veíamos a las mujeres que salían sigilosamente y volvían cargadas de paquetes. A veces oíamos furtivamente alguna cosa sobre los preparativos y comenzaban las llamadas telefónicas entre nosotros y nuestros primos para contarlos las últimas novedades.

El día 24 de diciembre amanecía completamente diferente a los demás. Ya por la mañana se distribuían algunas iguarias, dejando, no obstante, las más gustosas para la noche. Se sentía mucho el aroma del pan de miel —*Honigbrot*, como lo llamaba nuestra

institutriz alemana, Matilde— que yo comía en cantidad con mantequilla.

Mi madre compraba en los alrededores de São Paulo un abeto que cupiera en el cuarto de los juguetes y, ayudada por la *fräulein* Matilde, lo decoraba con alguna novedad cada año: una estrella muy grande y bonita, un ángel de papel colocado en un círculo dorado, azul o verde oscuro. ¡Todo tipo de adornos! A los niños les estaba prohibido entrar durante los preparativos y nos mandaba al jardín, cuando el tiempo lo permitía.

Sobre las cinco o seis de la tarde el movimiento en las calles empezaba a disminuir. Se encendían todas las luces de las casas del barrio, lo que les daba un aire más festivo y, a veces, los salones de ceremonia —que permanecían habitualmente cerrados los días corrientes— tenían sus ventanas ampliamente abiertas. Se veían árboles de Navidad levantados aquí y allá.

Por la noche llegaban a nuestra casa todos los primos y primas y entonces nos juntaban en una salita intensamente iluminada. Éramos unos veinte niños, dirigiéndonos unos a otros con maneras más respetuosas y elegantes de lo normal, pues estábamos en traje de gala. Sin embargo, no prestábamos mucha atención a nuestras conversaciones, pues oíamos los cuchicheos de los mayores, veíamos misteriosas bandejas que descendían y estábamos inquietos por saber qué estaba pasando.

Finalmente, alrededor de las nueve, aparecía mi madre para anunciarnos que la fiesta de Navidad iba a comenzar.

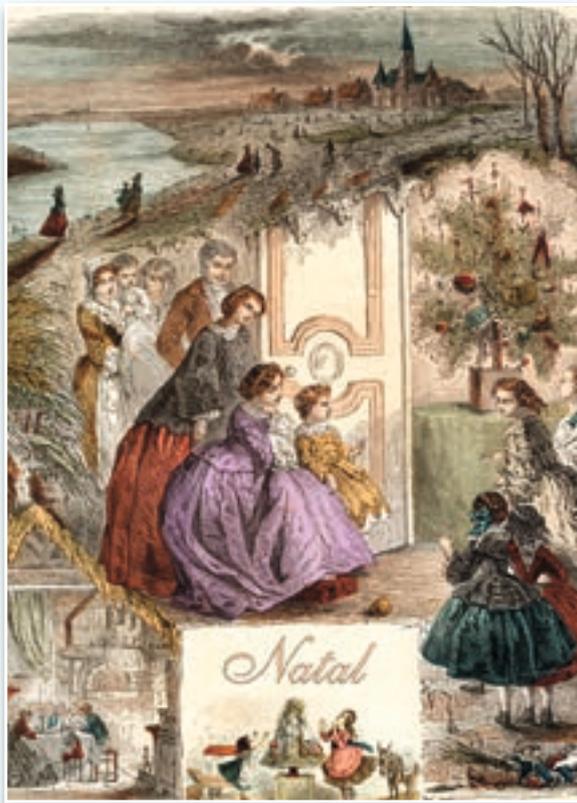
**«Stille Nacht,
Heilige Nacht...»**

Entonces nos cogíamos de las manos y empezába-

mos a cantar villancicos, generalmente alemanes —por influencia de nuestra institutriz y de la gobernanta de mis primos, cuya lengua todos hablábamos—, sobre todo una canción que en portugués se traduce «*Noite Feliz*», y cuya letra en alemán dice así:

«*Stille Nacht, heilige Nacht. Alles schläft, einsam wacht nur das traute*

*Para los niños se
trataba al mismo
tiempo de la ansiedad
por la venida del Niño
Jesús, pero también
de la perspectiva de la
fiesta de la Navidad*



La Navidad, por Charles Tichon.
En la página anterior, el Dr. Plinio venera al Niño Jesús de un belén, en la década de 1980

hoch heilige Paar». Noche silenciosa, noche santa. Todo duerme; sólo está despierta la respetable y altamente santa pareja.

Bajábamos por la gran escalera de mármol, llevando la imagen del Niño Jesús con los bracitos abiertos, la cual era adornada por mamá todos los años con un vestido diferente. Dábamos una pequeña vuelta por el jardín, cantando; y, cuando llegábamos al cuarto de los juguetes, la puerta estaba cerrada...

Al final la abrían y entrábamos, iencontrándonos la habitación completamente transformada! Para mí, aquello era un enorme deleite: el árbol de Navidad, preparado al estilo alemán, tenía en la punta una estrella dorada o plateada, con un ángel. En las ramas había figuritas de papel que representaban a ángeles y santos, velas encendidas, bolas doradas, ro-

jas, azules, plateadas y verdes, con tonalidades muy vivas. Yo me encantaba con el abeto y lo encontraba lindo, pero como yo era deseoso de una perfección mayor, no existente en las cosas terrenas, veía el árbol de Navidad como la figura de una planta que podría existir en el paraíso terrenal.

Me parecía que realzaba mucho el encanto del árbol el hecho de que tuviera caramelos y bombones colgando en medio de los adornos. Quizá mi madre los habría puesto porque conocía mi apetito inagotable. En los cuatro rincones de la habitación había mesas llenas de dulces y salados, una de las cuales estaba reservada para refrescos de *jabuticaba* y otras frutas, preparados en casa.

Sin dejar de cantar, formábamos un círculo, girando alrededor del árbol, al pie

Reproducción

del cual estaba el belén con las imágenes, figuras de pastores y, naturalmente, el burrito y el buey, que no podían faltar. A dos pasos del abeto estaba mamá, encantada con la inocencia infantil y sonriendo a los niños que llegaban. Parecía que tenía en su corazón un árbol de Navidad para cada uno...

Había una recomendación formal: permanecer con las manos cogidas y no comer ni beber nada antes de rezar. Creo que era uno de los primeros que daba señales de cansancio en cierto momento, lo cual ella —conociendo a su hijo como la palma de la mano— entendía bien y mandaba que parara el corro. Pero nunca dejó a entender que lo hacía por mí, para no darme la idea de que estaba cumpliendo todos mis deseos...

Rezando a los pies del belén

Empezaba propiamente la conmemoración de la Navidad. Mi madre se arrodillaba con todos los niños a los pies del belén, ponía en él al Niño Jesús y rezaba varias oraciones un poco largas, con mucha suavidad, piedad y seriedad. Tengo la impresión de que componía las oraciones en aquel momento, dedicándoselas al Niño, a la Virgen y a San José, y pidiendo estas o aquellas gracias, oraciones que eran repetidas por la chiquillería.

Durante la conmemoración el orden se mantenía por la simple presencia de mamá, de un modo irreprensible. Pero, por las dudas, las gobernantas vigilaban y no harían la mínima ceremonia en reprimir severamente al niño que desobedecía. No obstante, durante las oraciones sólo nuestra *fräulein* se quedaba con nosotros. Era católica y se arrodillaba también, pero la otra señorita era protestante y se retiraba para no tomar parte en las oraciones.

Después de que mi madre se levantaba nos cogíamos de las manos de nuevo y dábamos unas tres o cua-

tro vueltas más en torno al abeto, cantando.

La cena de Navidad

La muchachada tenía un apetito voraz y yo era uno de los capitanes de la comilona. No dudo mucho de que yo fuera, generalmente, el primero en comer, pues ese era mi modo de ser y no estábamos en edad de dietas ni penitencias...

En poco tiempo ya estábamos hablando, comiendo y, naturalmente, jugando, a la manera brasileña.

¡Ya pueden imaginarse lo que sería un grupo de veinte niños juntos, comiendo y bebiendo a voluntad! Al ser yo muy amigo de los colores, mi atención se fijaba rápidamente en unos caramelos dorados o de color naranja, en forma de pequeños anillos, números o animales, azucarados por fuera y que contenían variados licores.



Antigua partitura alemana de «Noche de paz»

Reproducción

«Stille Nacht, heilige Nacht...», yo me dormía arrullado por el recuerdo del «Stille Nacht», con la satisfacción de la inocencia

Mi madre permanecía de pie observándolo todo afectuosamente, pero manteniendo las cosas en orden, ayudada por la *fräulein* Matilde y la otra institutriz. De lejos llegaba el eco de las canciones de otros niños que también celebraban su Navidad. Casi no se oía bullicio en las calles, pues las familias realizaban la fiesta en el interior de sus casas.

Todo esto nos daba una felicidad cándida, pura y virginal, que no era perturbada por intemperancia alguna. Ningún niño hacía travesuras o gastaba bromas y todos jugaban entre sí con la mayor calma dentro de aquella paz que parecía emanar de las imágenes del Niño Jesús y de la Virgen, que se difundía por la habitación. Esa alegría nos transmitía algo que no sé expresarlo bien, pero que era la idea de que nos había sido dado un Niño —«*Puer natus est nobis*»— y que un gran júbilo había descendido del Cielo. ¡Tenía la sensación de estar viviendo la Navidad! ¡Para mí era como si el Niño Jesús realmente hubiera nacido y estuviera junto entre nosotros!

Nuestra fiesta duraba más o menos dos horas. En cierto momento, oíamos que las campanas de las iglesias empezaban a repicar y los adultos salían para asistir a la Misa del Gallo, a la cual los niños no iban en aquella época. Estábamos en un período de anticlericalismo muy fuerte por parte de ciertos sectores y existía el recelo de que hubiera disturbios durante la celebración.

La Navidad aún nos reservaba las delicias del descanso. La ropa de cama había sido cambiada ese día ¡Qué almohada más agradable! ¡Qué blandito estaba el colchón! Yo me dormía arrullado por el recuerdo del *Stille Nacht*, con la satisfacción de la inocencia.

¿Había concluido la Navidad para los niños? ¡No! Empezaba lo mejor.

Recibiendo los regalos de San Nicolás

San Nicolás era un obispo de Asia Menor que tenía mucha pena de los necesitados, especialmente de las familias que empobrecían a causa de malos negocios y otras razones.

Este prelado tenía la costumbre de pasar por las casas de los pobres la noche de Navidad, echar los regalos por las ventanas y salir corriendo. Y se estableció por eso la tradición de afirmar que, esa noche, el santo obispo afable pasaba por todas las casas del mundo y les dejaba juguetes a los niños mientras dormían.

Nosotros creíamos en esa visita y yo era un entusiasta de San Nicolás. Cuando mamá se despedía de nosotros nos recordaba que entraría en casa y nos dejaría juguetes. Naturalmente, yo estaba muy inquieto y quería sorprender a San Nicolás en el momento en que dejaba el regalo, pero como él era bastante hábil, y yo me quedaría profundamente dormido, ¡eso nunca sucedía!

Sin embargo, a eso de las cuatro o cinco de la mañana la curiosidad me desvelaba, ante el deseo de saber si San Nicolás ya había venido. De hecho, había pasado... Recuerdo la impresión deliciosa que tenía al girarme y sentir, de repente, el peso de una gran caja. Y pensaba: «¿Será que San Nicolás acertó?».

Pero mi reacción no consistía en saltar sobre el regalo. Yo hacía el siguiente raciocinio: «¿No es mejor disfrutar de esta expectativa que destruirla ahora jugando emocionado y después ya no conseguir dormir? De ese modo mantengo la esperanza y aprovecharé debidamente el placer».

¡A las siete u ocho teníamos el mejor despertar del año! Ninguna otra mañana —excepto si estaba enfermo— ocurría esto: me despertaba y encontraba a mi madre al pie de la cama, mirándome y deleitándose con el placer que yo tendría al ver el regalo. A lo largo de mi vida, nunca con-



Doña Lucilia fotografiada en 1912 o 1913, en París

Mi felicidad empezaba con la caricia materna y, al mismo tiempo en que la abrazaba, iba mirando aquella caja...

templé una mirada similar. Y ella no sabía que para mí su alegría iera un regalo mejor que el juguete!

Cuando percibía que ya estaba enteramente despierto me extendía los brazos y decía:

—¡Hijito!

Y antes de abrir el regalo me echaba en sus brazos, pues aquella interpenetración de almas valía para mí mucho más.

Mi felicidad empezaba con la caricia materna y, al mismo tiempo en que la abrazaba, iba mirando aquella caja. Enseguida comenzaba una de las alegrías máximas de la Navidad, que consistía en destrozarse las cintas, los lazos, las cuerdas, reventar la caja si fuera necesario, abrirla y ver qué me había dejado San Nicolás. ¡No recuerdo nunca que no me trajera menos de lo que yo había pedido! Me asombraba con la coincidencia y pensaba: «Fíjate... ¡Cómo San Nicolás sabe todas las cosas!».

Los días 25 y 26: un hiato luminoso

El día 25 de diciembre ocurría lo que llamaban «el entierro de los huesos»: comíamos las iguarias y bebíamos los últimos ponches que habían sobrado la víspera, pero apartábamos y guardábamos muchos paquetes de golosinas aún no abiertos para dárselos a los niños pobres el día de Año Nuevo, y eran comprados algunos más para ellos.

La noche de ese día era un hiato luminoso, lleno de suavidad, paz y dulzura, en el que me daba la impresión de que todo el cielo, con sus estrellas, estaba impregnado de miel y perfume... Me parecía que el sonido de las campanas llegaba más lejos y que una alegría enorme rodeaba toda la ciudad, impregnando hasta los jardines oscuros y recordando: «¡Cristo ha nacido! ¡Ha nacido en Belén!». Nos íbamos a dormir bajo aquel aliento de la Navidad sagrada, con el sueño pesado y delicioso de la conciencia tranquila. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: «Notas Autobiográficas». São Paulo: Retornarei, 2008, v. I, pp. 479-496.

SANTA OTILIA DE ALSACIA

Ciega para sí, águila para Dios

En la época de Santa Otilia, los esplendores de la civilización cristiana estaban tan sólo empezando a insinuarse, pero en el alma de esta abadesa de temple carolingio ya habitaban por entero. Ciega de nacimiento, se convirtió en un águila: su alma volaba siempre hacia Dios.

Hna. Marcela Alejandra Beorlegui Vicente, EP



Ralph Hammann (CC by-sa 4.0)

Las almas que contemplaban los santos de la Alta Edad Media, cuyas vistas sobrenaturales eran mucho más penetrantes que las nuestras, vivían la fe de forma intensa. Lo espiritual y lo terreno se mezclaban armoniosamente en sus corazones, dando origen a relatos rebosantes de episodios maravillosos, aunque a veces imprecisos o incluso contradictorios en los detalles concretos.

No es de extrañar, por tanto, que la vida de Santa Otilia haya llegado hasta nosotros envuelta en un halo de leyenda, volviéndose imposible hacer una clara distinción entre los aspectos rigurosamente históricos y el piadoso colorido que le fue añadido a lo largo de los siglos posteriores.

A pesar de eso, tales crónicas nos desvelan una singularísima vocación: en ellas encontramos el heroísmo pionero de San Remigio y Santa Clotilde, aliado a la grandeza fecunda de Carlomagno. A la par de estos predicados, su elevado llamamiento fue mar-

cado desde temprano por la contrariedad y por el sufrimiento, que esta noble dama alsaciana supo alzar hasta el Todopoderoso en holocausto de agradable olor.

Así pues, Santa Otilia fue precursora, guía y modelo, pero también víctima. Como tal, tuvo, sin duda, un papel histórico muy importante en la construcción de la Europa cristiana. Sus dolores y pruebas, unidas al cáliz redentor de Cristo, tal vez sean el principal motivo por el cual Alsacia, región de la que es patrona, sea considerada aún hoy día una de las más católicas de Francia.

***Nada más nacer,
el repudio paterno***

Cierto día del año 620 el silencio dominaba los pasillos del castillo de Hohenbourg, en Alsacia, donde el duque Aldarico y su esposa Bereswinda esperaban el nacimiento de un nuevo retoño. No obstante, lejos de realizarse los anhelos paternos por la venida de un varón, nació una niña... ¡y ciega!

Cuando el jefe franco vio que se desvanecían sus sueños, la cólera tomó cuenta de sus pensamientos hasta el punto de llevarlo a pronunciar una fatal sentencia: la niña debería morir. La intervención de la madre salvó la vida de su hija, pero para tal él impulsó como condición que nunca más la tuviera ante sus ojos y que nadie supiera de la existencia de la recién nacida, por la vergüenza que eso suponía para su linaje.

Tras pedir al divino Espíritu Santo que viniera en su auxilio, Bereswinda se acordó de una fiel sierva que podría encargarse de su mayor tesoro. Ante el triste destino reservado a la pequeña, la criada procuró por todos los medios atenuar los dolores de su señora: «No llores más. Dios ha querido que vuestra hija viniera así al mundo. Él todavía puede darle la luz de la que ella ahora está privada. Confiad a la niña a vuestra sierva. Quiero alimentarla y educarla como Dios lo ha prescrito»¹.

Algo aliviada por tal solicitud, Bereswinda cubrió de besos a su hija, la

bendijo y entre sollozos se la entregó a su sierva diciéndole: «Te la confío, y la encomiendo a mi Salvador, Jesucristo»².

Comienzos de la vida religiosa

He aquí la primera página de la historia de Santa Otilia. La fiel guardiana se deshizo en atenciones con la pequeña, hasta el punto de despertar en la región cierta curiosidad sobre quién sería la ilustre ciegucecita. Tales rumores llegaron a oídos de Bereswinda, lo que renovó sus angustias y la llevó a buscar refugio en la oración. Una vez más el Espíritu Consolador no se hizo esperar.

En el siglo VII los monasterios eran no sólo el asilo seguro de los desafortunados, sino que constituían también el lugar donde se proporcionaba una esmerada educación a los hijos de las más nobles dinastías. Teniendo esto en mente, Bereswinda envió a su hija al convento de Palma, situado a algunos kilómetros de Besançon, donde una tía suya se encontraba a la cabeza de la floreciente comunidad. Sin revelar el origen de la recién llegada, la superiora recibió a la pequeña ciega con profunda ternura y piedad, discerniendo que flotaba un designio de Dios sobre aquella alma marcada desde la cuna por el sufrimiento.

Así pues, la santa creció bajo el influjo del suave yugo de la vida monástica, abriendo fácilmente su alma a las cosas divinas. Según la casi totalidad de cronistas, fue en torno a los trece años cuando se dio el acontecimiento que cambió el rumbo de su existencia.

En el Bautismo, milagrosa curación

En la entonces naciente Europa católica muchos monjes eran ungidos obispos por necesidad apostólica y luego regresaban a su monasterio tras ha-

ber concluido su misión. Entre ellos había dos hermanos de origen germánico: San Hidulfo, obispo de Tréveris, el cual en torno al año 671 fundó la abadía de Moyenmoutier, y San Erhardo, obispo de Ratisbona, que perteneció a la mencionada falange de monjes misioneros.

Cierto día, estando en Ratisbona, Erhardo tuvo una visión: «Levántate, le dice el Señor; dirígete al monasterio de Palma: allí encontrarás a una virgen ciega de nacimiento, la bautizarás en nombre de la Santísima Trinidad y, después del Bautismo, la virgen ciega verá la luz del día».³ El santo obispo partió de inmediato y se encontró en el camino con Hidulfo, que había conocido místicamente el objetivo de la misión de su hermano. Fueron juntos a Palma y, nada más llegar al convento, pidieron ver a la niña.

Muy tocados por comprobar la realización de los designios divinos con relación a la joven, los hermanos le rogaron al Señor que le concediera «la luz de la gracia a su alma y la luz del día a su cuerpo».⁴ Dispuestos

los preparativos para el Bautismo, la catecúmena fue examinada sobre los misterios de la fe, maravillando a todos por la sabiduría de sus respuestas.

Finalmente comenzó la ceremonia. Después de que el obispo Erhardo pronunciara solemnemente las palabras sacramentales, tomó los santos óleos y, ungiendo los ojos de la ciega, dijo: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que tu cuerpo vea como tu alma».⁵ Inmediatamente la niña empezó a ver y sus ojos se mantuvieron vueltos hacia el cielo por largos instantes. Inexpresable conmoción se apoderó de los presentes al testimoniar tan grande maravilla. Fue entonces cuando la virgen de Palma recibió el nombre de Otilia, que significa *Luz de Dios*, como lo había indicado el Señor en la visión que había tenido el obispo de Tréveris.

San Hidulfo llevó al duque Aldarico la buena noticia del milagro, pero la actitud de éste fue irreductible: no la reconocía como hija suya, y jamás lo haría.

Retorno a la casa paterna

Pasaron los años. La sierva a cuyos cuidados Bereswinda había entregado a Otilia cuando era pequeña enfermó gravemente y, antes de morir, le contó a la virgen su verdadero origen, despertando en ella un gran deseo por conocer a su familia.

Cierto día de invierno se hospedaron en el convento algunos caballeros que, al calor de una sopa y un buen vino, conversaban durante la cena sobre el duque de Hohenbourg, las virtudes de su esposa y los hijos del noble matrimonio. Tras haberlos escuchado, Otilia escribió esa misma noche una carta a uno de sus hermanos, llamado Hugo. Le contó su historia y le pidió ayuda para regresar a la casa paterna.



El gran llamamiento de Otilia estuvo marcado por el sufrimiento desde su más tierna infancia

Santa Otilia es rechazada por su padre al haber nacido ciega - Santuario del Monte de Santa Odilia, Ottrot (Francia). En la página anterior, imagen de la capilla de Todos los Santos, Estrasburgo (Francia)

Al leer la misiva, su hermano quiso compartir la alegría con su padre, el cual, al saber de lo que se trataba, vociferó su acostumbrada negativa. No obstante, Hugo tomó la deliberación de traer a su hermana de vuelta a escondidas.

Estando un día padre e hijo en la traza del castillo vieron que llegaba un destacamento. Entonces Hugo le reveló al duque su iniciativa, confesándole que había enviado una escolta para buscar a su hermana en el convento de Palma. Enfurecido, Aldarico descargó tan violento golpe en el joven que lo dejó durante unos momentos sin sentido. Mientras recibía los cuidados necesarios, Otilia llegaba a la alta montaña donde estaba ubicado el Hohenbourg.

Al bajar de la carroza, Otilia se lanzó en los brazos de su madre, que la recibió con transportes de alegría y afecto, junto con sus hermanos. Sólo Aldarico no participaba del gozo general e, inflexiblemente ante los sombríos remordimientos que asaltaban su alma, una vez más decidió mantener a su hija lejos de sí. Poco le faltó para un segundo exilio...

Sin afligirse, la joven aceptó y besó la cruz que la Providencia le daba con un espíritu todo sobrenatural, rindiendo gracias a Dios por tantos favores de los cuales no se consideraba digna.

En la corte de Hohenbourg

Otilia sabía que podría contribuir con los planes de Dios beneficiando no solamente a los más próximos, sino también a todos los que se acercaran a su celo y su caridad.

En una fría noche, habiendo salido para distribuir alimentos a los más necesitados, fue sorprendida por Aldarico mientras andaba con dificultad en medio de la nieve. Ante este gesto el duque no se pudo contener y la emoción le hizo caer en sí sobre la injusta y cruel actitud en relación con tan virtuosa joven. Al día siguiente, le prodigó sus nun-

ca antes reconocidos derechos como hija legítima: la vistió con ropas finas, le dio un blanco corcel y la hizo sentarse a la mesa con los nobles.

Empezaba para Otilia la vida en la corte, en la cual todos quedaron deslumbrados por su belleza y nobleza de alma. Cierta día, un príncipe germánico le pidió al duque Aldarico la mano de su hija. En el momento en que el padre se dirigía a ella para darle la noticia, Otilia se adelantó diciendo que deseaba volver al convento de Palma para dedicarse a la vida religiosa, pues sentía la falta de la paz monástica, del estudio de las Escrituras, de la piadosa emulación en seguir las vías del Señor... Naturalmente, su progenitor se mostró inexorable y le exigió que aceptara la propuesta del ilustre pretendiente.

Abandono en las manos de la Providencia

Ante esa nueva prueba, Santa Otilia se vio obligada a huir del castillo de noche, disfrazada de campesina. Al día siguiente, al darse cuenta de la ausencia de su hija, Aldarico reu-

nió una comitiva y salió en su persecución. Imaginaba que la encontraría fácilmente, pero no contaba con la acción de Dios...

Tras atravesar el Rin con el auxilio de un barquero, Otilia buscó refugio en las montañas. Al llegar al lugar llamado Musbachtal, en las proximidades de la ciudad de Friburgo de Brisgovia, en la actual Alemania, se sentó exhausta junto a una roca. Súbitamente, escuchó el ruido de caballos que se acercaban y por un instante pensó que todo estaba perdido.

Sin embargo, en el momento en que el destacamento se encontraba a pocos metros de distancia su confianza se afirmó como un baluarte. Entonces la piedra que tenía detrás se abrió para ofrecerle refugio, cerrándose tan pronto como Otilia entró en ella. Cuando el peligro pasó, se rajó nuevamente, para dejarla en libertad. A fin de sellar el prodigio obrado en favor de su fiel sierva, Dios hizo que de la apertura de la roca manara una fuente.

Otilia pasó a vivir del producto de sus manos. Viajaba de aldea en aldea, sin dejar nunca de hacer el bien a quien lo necesitara. Corría el tiempo y en el castillo de Hohenbourg nadie tenía noticias de la joven. Al saber de la actitud que había tomado, el pretendiente a su mano le comunicó a Aldarico que desistía del compromiso. Éste, por su parte, se volvía cada día más triste y abatido y, acometido de remordimientos por la vida pasada, envió a emisarios que pregonaran por el reino que esperaba de vuelta a su hija Otilia y que respetaría su deseo de ser religiosa, si esa fuera realmente su voluntad.

Sin hacerse esperar, regresó al castillo, dando gracias a Dios por la nueva situación.

El monasterio de Hohenbourg

Esta vez Aldarico le prometió a su hija que haría todo lo que estuviera a su alcance para que cumpliera



«Levántate y parte: bautizarás a una virgen ciega de nacimiento y, después del Bautismo, ella verá la luz del día»

El obispo Erhardo bautiza a Santa Otilia y ella recobra la vista - Santuario del Monte de Santa Odilia, Ottrott (Francia)

su deseo de seguir la vía religiosa. Para eso adaptó el castillo de Hohenbourg para la vida monástica y se lo dio a Otilia, por estar este en el punto más alto de la región y gozar de un panorama propicio al recogimiento y a la contemplación.

En poco tiempo, los sonoros cuernos de caza y los bailes festivos dieron paso al canto de las horas y la oración. Numerosas jóvenes siguieron el ejemplo de Otilia y no tardó mucho en llegar el día en que, en presencia de toda la familia ducal, la santa y sus religiosas fueran consagradas por el obispo de Alsacia y profesaran los votos solemnes.

Entre las varias capillas que Otilia hizo erigir a partir de entonces, una era de su especial devoción: la de San Juan Bautista. Antes de mandar construirla, le había rogado al Precursor que le indicara el lugar más adecuado; y una noche éste se le apareció envuelto en luz y reveló el sitio de su agrado. Allí la santa abadesa tendría numerosas visiones de los misterios celestiales que, infelizmente, no llegaron hasta nosotros.

El perfume de la santidad de Otilia se esparció por toda la región. Curaciones, conversiones y multiplicación de alimentos motivaban a nobles y plebeyos a subir hasta Hohenbourg. Pero muchos enfermos y lisiados no poseían las fuerzas necesarias para llegar hasta allí. Preocupada por ellos, Santa Otilia decidió fundar un nuevo monasterio en la falda de la montaña, llamado Niedermünster—convento de abajo— a fin de hospedarlos allí y facilitarles los cuidados que necesitaban.

Así pasaron los años. El número de religiosas aumentaba y los enfermos recuperaban no sólo la salud del cuerpo, sino también la del alma.



En Hohenbourg la santa abadesa tuvo visiones de los misterios celestiales que, infelizmente, no llegaron hasta nosotros

Santa Otilia con las religiosas de Hohenbourg - Santuario del Monte de Santa Odilia, Ottrott (Francia)

Ese era el gran objetivo de Santa Otilia: conducir a los demás hacia la salvación eterna. La acción que un santo ejerce cuando ayuda a otro en el plano material tiene efecto ordenativo en el espiritual, porque lleva al individuo a «quedar en orden con Dios» y esto trae paz de alma, junto con el deseo de que el bien sea difundido y el mal extirpado. He aquí la verdadera caridad.

Habiendo cruzado el umbral de la eternidad, recibió el viático

Finalmente, el 13 de diciembre del 720, Otilia percibió que había alcanzado el fin de su carrera en este mundo. Reunió a las religiosas y les dijo:

—Permaneced muy unidas, sabed vivir en la sencillez y en la humildad, y tened fe viva. Cuando seáis tentadas, rezad; trabajad sin cesar para ser mejores cada día. Jamás olvidéis que, como yo, llegaréis al término del viaje de esta vida y será necesario rendir cuentas de todos vuestros pensamientos, palabras y acciones.

A continuación, deseando estar a solas con Dios, les pidió que fueran a la capilla a cantar los salmos. Cuando más tarde regresaron, constata-

ron que la santa abadesa había abandonado esta tierra. Consternadas por el hecho de que su madre espiritual no había recibido el viático antes de partir hacia la eternidad, le rogaron a Dios y Él hizo que Otilia regresara al mundo de los vivos para recibir por última vez al Rey de reyes y Señor de señores.

Semilla de la civilización cristiana

A ciertas almas muy llamadas, como la de la patrona de Alsacia, Dios les exige grandes renunciaciones.

Desde el comienzo de sus vidas son invitadas a abrazar el bien por entero y desapegarse de todo el resto,

incluso de sí mismas. Muchas veces el Altísimo les pide también que, aun sintiéndose llamadas a volar como águilas, caminen paso a paso, haciendo posible con su sacrificio que otros vislumbren los mismos horizontes grandiosos por ellas contemplados.

En la época de Santa Otilia, los esplendores de la civilización cristiana estaban solamente empezando a insinuarse, pero en el alma de esta abadesa de temple carolingio ya habitaban por entero, como un árbol frondoso se encuentra en germen en la semilla que lo origina.

Santa Otilia nació ciega, pero se convirtió en un águila. Si sus ojos permanecieron cerrados al principio de su existencia terrena, su espíritu intrépido nunca dejó, no obstante, de volar hacia Dios. ✧

¹ WINTERER, Landelin. *Histoire de Sainte Odile*. Paris-Guebwiller: Ch. Douniol; Jung, 1869, p. 46.

² Ídem, ibídem.

³ Ídem, p. 54.

⁴ Ídem, p. 56.

⁵ Ídem, p. 57.



Lucio César Rodríguez

La alabanza perfecta de la liturgia puesta junto al altar

Los símbolos que envuelven a los altares para la Santa Misa no son meros objetos decorativos, sino representaciones de una realidad misteriosa, de la cual estamos llamados a participar por la sagrada liturgia.



Max Streit Wolfring

Desde las épocas más remotas de la Historia los hombres han buscado escrutar un mundo envuelto en el misterio donde la divinidad se presentaba merecedora de reverencia. Sentían la necesidad de rendir culto a Dios, pero lo hacían de un modo imperfecto, pues buscaban al Creador «a tientas» (Hch 17, 27).

En la plenitud del tiempo, Jesucristo, nuestro Señor, quiso vivir entre los hijos de Adán y se entregó en sacrificio para abrirles las puertas del Cielo. En todos sus gestos, palabras o oraciones, el Cordero sin mancha

ofrecía como hombre lo que merecía como Dios: la alabanza perfecta.

Sin embargo, dicha alabanza no concluyó con su Ascensión a los Cielos, sino que continúa íntegra y perenne en la sagrada liturgia, a través de la cual «es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal»¹.

¿Qué significado tienen, pues, esos gestos y palabras del Buen Jesús que la Santa Madre Iglesia reproduce en la sagrada liturgia?

He ahí el tema que queremos desarrollar en este artículo, a partir de una

visión simbólica de los ornamentos que revisten los altares para la Santa Misa: el mantel, la cruz, las velas y las flores.

Sudario que envuelve el cuerpo de Cristo

Sobre todos los altares que son preparados para la Santa Misa se coloca un tejido blanquísimo, memorial del «sudario y los demás lienzos con los que se envolvió el cuerpo del Salvador, representado por el altar»².

Los primeros cristianos ya tenían la costumbre, probablemente heredada de los romanos, de recubrir con un

mantel la mesa de la celebración. No obstante, en torno al siglo VIII la devoción y el celo por el Santísimo Sacramento inspiraron a la Iglesia a usar no solamente uno sino dos o más paños. «Fue en esa época que el mantel superior, el cual recibía el cuerpo de Cristo, pasó a llamarse *palla corporalis*, o simplemente *corporal*»³ y empezó a tomar la forma que hoy conocemos.

Por su cercanía al Santísimo Sacramento el corporal se volvió objeto de veneración superior a la de las reliquias de los santos. Durante la Edad Media se le reputaba una eficacia sobrehumana contra incendios y dolencias. Y en muchas iglesias el sacerdote se dirigía al público después de la Misa para tocarles la frente con el corporal, con el fin de protegerlos de las enfermedades de la vista.

Además del sudario y los otros lienzos de la sepultura del Salvador, los manteles del altar simbolizaban a los miembros de la Iglesia que rodean al supremo Rey resucitado, cuales preciosas vestiduras, según canta el salmo: «El Señor reina, vestido de majestad» (Sal 92, 1). ¡Los miembros del Cuerpo Místico esparcidos por el mundo entero son los vestidos de los que Cristo ha querido revestirse!

El árbol de la vida en el centro del Paraíso

Durante la Santa Misa se pone un crucifijo delante del sacerdote, normalmente encima del altar, para subrayar la unión entre este acto y el holocausto de Cristo en el Calvario. Uno solo es el sacrificio de Cristo, renovado por sus ministros en cada Celebración Eucarística.

Aunque es incierto el momento en el que tal uso se hizo oficial en todo el orbe, en el siglo V algunos ritos orientales ya lo habían adoptado. En Occidente, sin embargo, la costumbre es posterior: tan sólo alrededor del siglo XI se volvió común en las iglesias de rito latino. La presencia de ese ornamento durante la celebración de la

Misa probablemente tendría su origen en las cruces que precedían las procesiones estacionales, de cuya asta podían desmontarse, lo que permitía depositarlas de pie sobre el altar.

Al analizar los significados de esa insignia en las celebraciones *versu populum*, Benedicto XVI afirma: «La cruz del altar no es un obstáculo para verse, sino el punto de referencia común. [...] Es para todos la imagen, que recoge y une nuestras miradas. [...] De esta manera quedaría clara la



Crucifijo - Parroquia de San Pedro Apóstol, Montreal (Canadá).
En la foto anterior, presbiterio de la basílica de Nuestra Señora del Rosario adornado para la Solemnidad de la Anunciación, Caieiras (Brasil)

Uno solo es el sacrificio de Cristo. El crucifijo subraya esa unión entre la Santa Misa y el holocausto del Calvario

diferencia entre liturgia de la palabra y canon. Mientras que la primera es predicación y, en consecuencia, atención directa, el segundo es adoración común, en el que hoy como ayer invocamos: *Conversi ad Dominum*, involvámonos hacia el Señor, convirtámonos al Señor!»⁴

La sagrada liturgia también acoge el simbolismo legado por los Padres de la Iglesia: la analogía entre el leño de la cruz y el árbol de cuyo fruto comieron nuestros primeros padres, y les mereció la expulsión del paraíso terrenal.

De un árbol cayó la maldición sobre el hombre desobediente, pero de otro leño incomparablemente más bello, Dios hizo germinar la remisión de los pecados y la salvación. La cruz es, por tanto, la fuente de vida eterna que fluye a borbotones en la Sagrada Eucaristía, y el verdadero árbol de la vida del que nos habla el libro del Apocalipsis: «Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios» (2, 7).

Luz que ilumina el mundo entero

Al lado del crucifijo, los candelabros y las velas adornan los altares con una luz discreta, solemne y parpadeante. Más allá de una razón práctica de iluminación, la Santa Iglesia ve en esos sencillos objetos «la imagen de aquel que es la Luz de la Luz, la Luz del mundo, el Sol de Justicia, Jesucristo»⁵.

En las discretas llamas que alumbran los altares están representadas «sus palabras luminosas, su gracia redentora, su amor consumado en el sacrificio del Calvario»⁶.

Por otra parte —no menos dotada de belleza y profundidad—, las velas simbolizan nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor, virtudes que conducen a la luz de gloria de la Iglesia celestial, que «no necesita del sol ni de la luna que la alumbre, pues la gloria del Señor la ilumina, y su lámpara es el Cordero» (Ap 21, 23).



Flores y candelabros adornan el altar mayor, la capilla de la adoración al Santísimo Sacramento y el Monumento del Jueves Santo en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

En cuanto a su historia, sabemos que solamente «en la primera mitad del siglo XI se empieza a poner los candelabros sobre el altar»⁷. Antes se solían dejar en el suelo, delante de éste.

Sencillo símbolo de las glorias de Dios crucificado

Hermosa por la variedad, delicadeza y sencillez, también la naturaleza vegetal glorifica al Redentor con sus deslumbrantes coloridos y suaves perfumes.

Seguindo una «antiquísima tradición de la Iglesia»⁸, los cristianos ofrecen rosas y lirios para adornar los altares, simbolizando la alegría y «el buen olor de las virtudes, de las cuales Cristo, representado por el altar, es el dispensador»⁹.

Al ser una costumbre de los antiguos el adornar con flores las tumbas de los fallecidos, tal praxis fue piámente trasladada al interior de las iglesias, cuyos altares servían de custodias para las reliquias de los mártires.

Las velas simbolizan nuestra fe, esperanza y amor. Los cristianos ofrecen rosas y lirios, simbolizando la alegría y «el buen olor de las virtudes»

Por otro lado, la Iglesia encontró en los pétalos de rosa un «símbolo expresivo de las lenguas de fuego y de los dones del Espíritu Santo»¹⁰, razón por la cual la solemnidad de Pentecostés es llamada en Italia *Pasqua Rosata*, «Pascua de las rosas». Y en las regiones más septentrionales, donde no había palmas para celebrar el Domingo de Ramos, las flores ocupaban su lugar para glorificar la realeza de nuestro Salvador y exaltarlo como triunfador por todos los siglos.

Nada surge en la Iglesia de modo artificial

Al analizar estos aspectos de la historia de la liturgia hemos podido constatar con edificación cómo la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, ha ido lentamente —o mejor, solemnemente— creciendo y fortaleciéndose en el espíritu (cf. Lc 1, 80) a lo largo de los siglos.

Nada en esta institución sagrada ha surgido de manera artificial. Cada una de sus costumbres, adornos, ritos o ceremonias posee una historia riquísima, trascendente y, a veces, hasta emocionante, ¡y el altar no podría ser una excepción! A fin de cuentas, constituye una especie de puerta que se le abre al Cielo en esta tierra, pues sobre él, cada día, Dios baja del Paraíso para convivir con los hombres.

Así, los objetos que circundan inmediatamente al altar son los adornos que el propio Dios ha elegido para rodearlo cuando Él se presenta ante sus hijos. ✧

¹ PÍO XII. *Mediator Dei*: DH 3855.

² BARIN, Luigi Rodolfo. *Catechismo litúrgico: Corso completo di Scienza Litúrgica. Liturgia fondamentale*. 9.^a ed. Rovigo: Istituto Padano di Arti Grafiche, 1945, v. I, p. 225, nota 2.

³ RIGHETTI, Mario. *Manuale di Storia Litúrgica*. 3.^a ed. Milano: Ancora, 2005, v. I, p. 532.

⁴ RATZINGER, Joseph. *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*. 3.^a ed. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1999, pp. 193-194.

⁵ JAKOB, Georg. *Die Kunst im dienste der Kirche. Ein Handbuch für freunde der kirchlichen Kunst*. 5.^a ed. Landshut: J. Thomann, 1901, p. 189.

⁶ Ídem, ibídem.

⁷ RIGHETTI, op. cit., p. 542.

⁸ Ídem, p. 544.

⁹ BARIN, op. cit., p. 229, nota 2.

¹⁰ RIGHETTI, op. cit., p. 545.

Espectadora de la Historia, escenario de dolores y glorias

Soy inseparable de la Iglesia, sirvo de abrigo para preciosos objetos, oigo magníficas confidencias, colaboro en la promoción de solemnes ceremonias...

Permítame que le cuente, yo misma, mi historia.

Fabio Henrique Resende Costa



Cuando Jesús se ofreció a los suyos en una cena, el Jueves Santo, y los habitantes del Cielo bajaron a la tierra para asistir, estupefactos, a la institución del sacramento de la Eucaristía, prenda de la Resurrección, yo aún no existía, aunque estuviera siendo gestada en el corazón de las Santas Mujeres que acompañaban al Maestro (cf. Lc 23, 48-56).

Algunos apóstoles —pocos— de mí tuvieron ciertos vislumbres (cf. Lc 22, 8-12). Uno de ellos, el traidor, sin duda me juzgaría innecesaria, receloso quizá de que supusiera una carga económica para la bolsa común, pues normalmente los bienes terrenales que se acercan a las realidades celestiales son muy caros. Sin embargo, más que las monedas, exigen pertinacia y sufrimiento para ser edificados.

Simultáneamente a la expansión del cristianismo, aún en la soledad y en el silencio tan propios a toda obra radicada en sólidos fundamentos, yo hincaba mis estacas en terreno firme: en el alma de hombres santos, deseosos de decoro y llenos de amor por

la Misa, ya muy conocida en el vasto Imperio romano, donde nació.

Atravesando los siglos

Cuando empezaron a levantarse mis paredes, Constantino ya había dado libertad de culto a los católicos. Mis ventanas, inicialmente pequeñas, con el paso de los siglos acabaron siendo marcadas por un arte más angélico que humano. Me volví esbelta. Había llegado a mi juventud y era muy hermosa.



**Cuando Jesús se ofreció a los suyos en una cena...
yo aún no existía...**

Arriba: Las Santas Mujeres - Basílica de Nuestra Señora, L'Épine (Francia); en lo alto de la página, claustro del convento de San Esteban, Salamanca (España)

En ese período histórico, Mons. Maurice De Sully¹ me imaginó formando parte de un conjunto de belleza perfecta. No obstante, antes de estar edificada por completo, murió. Muchos siglos después un arquitecto llamado Viollet-le-Duc,² al reconocer lo necesaria que yo era, me restauró a mi antiguo esplendor. Un contemporáneo suyo, Augustus Pugin,³ me concibió revestida de aderezos. Pero ellos también eran mortales y se fueron; sin embargo, yo continúo.

Otros difuntos me sirven de pavimento. Bajo mis pies están enterrados hombres virtuosos que lucharon por Dios en el anonimato, volviéndose tan gloriosos en el Cielo como de la gloria estuvieron alejados en este mundo. Hoy ellos me contemplan sonriendo desde la eternidad. Pero allí también yacen personajes famosos a los cuales, aunque hubieran sido brillantes a los ojos de los hombres, la justicia divina les reservó una suerte distinta.

A veces pude estar presente en concilios,⁴ ser testigo de acuerdos y juramentos, oír confidencias de almas deseosas de perfección, presenciar conversiones, registrar colo-

quios entre hombres de esta tierra y bienaventurados del Cielo. Numerosos son los que encontraron en mí un prenuncio de la Patria celestial...

He sido útil a lo largo de los siglos a occidentales y orientales, cuyas costumbres difieren mucho, y a todos fui provechosa. Soy, efectivamente, una atenta espectadora de la Historia.

Testigo de las intenciones de los corazones

Pero, infelizmente, cuando mis paredes de sólida albañilería estaban ya recamadas de broqueles, pinturas y finas decoraciones, empecé a notar en mi interior, a disgusto, ciertos cuchicheos, desavenencias y, por desgracia, conspiraciones. Los que así actuaban querían desfigurar la fisonomía de mi señora y eligieron, no sé por qué, mis dependencias para ello.

Aunque me indignaba albergar a extraños en mi recinto sagrado, sólo pude permanecer en silencio, a la espera de que alguien limpiara el polvo que envilecía mi hermosura y la pátina que obstruía la luz de mis ojos, los vitrales.

Mientras esto sucedía, preferí admirar los tesoros que me incumbieron custodiar. Los óleos que tengo son santos: han ungido desde agonizantes desconocidos hasta reyes y Papas. Las vestimentas que guardo son un bálsamo para la vista, además de ornato para el cuerpo. Mi interior está forrado del brillo precioso de los vasos sagrados. En virtud de estas riquezas soy tan famosa.

Preparando el acontecimiento más augusto del orbe

Sin embargo, mi labor es diaria: soy quien recibe a los convidados



Cuando mi campana toca, gritos de alerta y súplica son lanzados

Campana de la sacristía de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

más importante para el Banquete y los provee de todo lo necesario. Los que estarán junto al soberano Anfiteatrón van a mi encuentro, anhelando participar de su dignidad y honor.

Después de estar adecuadamente vestidos, los invitados se congregan para rezar una oración, pues deben preparar dignamente su espíritu para ejercer su alto ministerio. Todos, en ese momento, hacen que sus miradas converjan en mi punto monárquico, la cruz. En efecto, ostento el Crucificado para recordar que la nobleza de mi recinto es fruto de un Redentor.

A parte de esto, una de mis paredes sustenta un instrumento que atrae a los ángeles y con el cual anuncio, diariamente, el acontecimiento más augusto del orbe: cuando mi campana toca, gritos de alerta y súplica son lanzados por la Iglesia militante a la Iglesia gloriosa. La Misa va a empezar.

Mientras tanto, todos se callan, hasta yo misma. Sólo puedo contemplar el cortejo que desfila... Mi función está cumplida, mi vocación, una vez más, brilla.

Partícipe de una promesa divina

Sin duda, soy escenario de dolores y glorias.

A lo largo de los siglos —tantas veces implacables en sepultar bellezas— he venido siendo visitada, contemplada y perfeccionada por varones que marcaron la Historia: Ambrosio, obispo de Milán; Gregorio, el Papa Magno; Bernardo, abad de Clavaul; San Pío V, San Pío X y tantos otros.

Pero hoy estoy siendo menos frecuentada y por eso desvelo mi soledad.

Aun así, el aislamiento no me entristece. En los momentos de silencio, puedo recordar un hecho evangélico que mis paredes retratan, mis vitrales hacen lucir, el sonido de mi campana no deja de recordar y mis utensilios no se olvidan de evocar: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará» (Mt 16, 18).

Siempre he creído en las divinas palabras dirigidas por Jesús al Dulce Cristo en la tierra. Siendo parte de la Iglesia, participo de algún modo de esa promesa de inmortalidad. Mientras las puertas del Infierno no prevalezcan sobre ella —cosa que jamás ocurrirá— estaré de su lado.

Soy perenne como la Iglesia, siempre estoy junto a ella, y a ella pertenezco y sirvo. Mi nombre es: isacristía! ✧

¹ Mons. Maurice de Sully (1120-1196). Obispo de París que inició la construcción de la catedral de Notre Dame.

² Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879). Arquitecto francés, fa-

moso por la restauración de la catedral de Notre Dame de París y otros edificios medievales.

³ Augustus Welby Northmore Pugin (1812-1852). Proyec-

tó el edificio del Parlamento y numerosas iglesias, siguiendo un estilo neogótico bien característico.

⁴ Por ejemplo, el Concilio de Cartago, realizado en el año

419 en mis dependencias, en la basílica Fausti, en el cual estuvieron presentes doscientos diecisiete obispos (cf. RIGHETTI, Mario. *Historia de la liturgia*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1955, v. I, p. 442).



Basílica de San Pedro



Convento de San Esteban, Salamanca (España)



Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)



Monasterio de San Millán de la Cogolla (España)



Convento de San Francisco, Salvador de Bahía (Brasil)



Iglesia de la Tercera Orden del Carmen, Salvador de Bahía (Brasil)

Aun así, el aislamiento no me entristece. En los momentos de silencio, puedo recordar un hecho evangélico que mis paredes retratan: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...»



Fotos: José Ribeiro y Matheus Defanti

Brasil – El 13 de octubre la Misa en acción de gracias por el segundo aniversario de la dedicación del Oratorio de Nuestra Señora de Fátima, anexo a la casa de los Heraldos de Nova Friburgo, fue presidida por Mons. Luiz Antonio Lopes Ricci, obispo diocesano, y concelebrada por sacerdotes diocesanos y de la Sociedad Clerical Virgo Flos Carmeli.



Fotos: Jurandir Gurgel da Silva

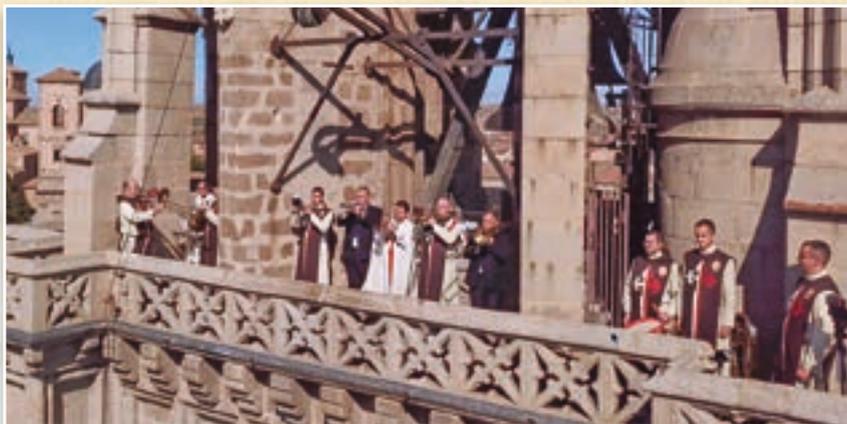
Brasil – Miembros del Apostolado del Oratorio «María Reina de los Corazones», de São Paulo, recaudaron centenares de cestas básicas y otros alimentos, a beneficio de entidades de caridad y de pastorales sociales. En las fotos, entrega hecha el 8 de octubre en la parroquia de Nuestra Señora de la Consolata, en la zona norte de la capital.



Rodrigo Siqueira

Victor Lucena

Brasil – Cestas básicas destinadas a personas carentes fueron entregadas por los Heraldos en la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción, de Recife (izquierda), y en la curia diocesana de Caruaru, donde los misioneros fueron recibidos por el obispo diocesano, Mons. José Ruy Gonçalves Lopes, OFMCap (derecha).



Fotos: Ignacio Dorita

España – Miembros de la banda de música de los Heraldos del Evangelio fueron invitados por la arquidiócesis de Toledo para solemnizar el acto de inauguración de la recientemente restaurada torre de la catedral. A la izquierda, el arzobispo, Mons. Francisco Cerro Chaves, junto a la alcaldesa toledana y otras autoridades regionales.



Gonzalo Jiménez

Stefany Stuepp

Fernando Eras

Ecuador – Las restricciones motivadas por la COVID-19 no les impidieron a los Heraldos realizar actividades evangelizadoras. En las fotos el P. Fabián Ricaurte, EP, lleva el Santísimo Sacramento durante una adoración eucarística, en Quito; hermanas misioneras visitan hogares, también en Quito; el P. Marlon Jiménez, EP, bendice un edificio en construcción, en Cuenca.



Fotos: Eric Salas Varela

España – Un grupo de devotos marianos de Jaén viajaron a Camarenilla, el 17 de octubre, para consagrarse solemnemente a Jesús por las manos de la Santísima Virgen en la casa de los Heraldos (izquierda). Y el día 13 del mismo mes varias personas realizaron este mismo acto de entrega en la parroquia de San Antonio María Claret, de Cartagena.



Convento dominico estadounidense experimenta aumento de vocaciones

Según informa la agencia *Gaudium Press*, algunos países han registrado un significativo aumento de vocaciones religiosas durante la pandemia. Un ejemplo de ello es el convento de las Hermanas Dominicas de María Madre de la Eucaristía, de Ann Arbor, Estados Unidos, donde fueron aceptadas dieciocho postulantes, quienes decidieron abandonarlo todo para estar más cerca de Jesús Sacramentado.

«La mayor parte de mi discernimiento ocurrió durante la pandemia», declaró una de las jóvenes, natural de Phoenix. Otra postulante oriunda de Nueva York afirma que el hecho de no tener acceso a los sacramentos durante la cuarentena le hizo darse cuenta de que su vida giraba completamente en torno a la Misa y la adoración a la

Eucaristía. Esta certeza fue la que la condujo a tomar la decisión de ingresar en la vía religiosa.

Ediciones históricas de L'Osservatore están disponible en internet

Desde el 4 de noviembre la colección completa de *L'Osservatore della Domenica*, revista que surgió en 1934 y acompañaba a la edición semanal de *L'Osservatore Romano* hasta el 2007, está disponible gratuitamente en la página web del periódico del Vaticano.

Son cerca de 60 000 páginas disponibles en línea, en formato PDF y con la posibilidad de hacer búsquedas, en la página www.osservatore-romano.va. En ellas están contenidos más de setenta años de historia de la Iglesia y del mundo.

Irlanda: crecen las dificultades para practicar la fe

La revista irlandesa *The Irish Times* ha escrito recientemente que posee un documento gubernamental, aún no publicado, que contiene una serie de normas referentes a la enseñanza católica en el país.

Según el artículo, dicho documento describe los pasos necesarios para la implantación de un llamado «espíritu multidenominacional», en

sustitución al carácter vocacional de las escuelas, que eliminaría gradualmente los símbolos católicos y la celebración de Misas en los colegios.

Otra medida del Gobierno irlandés que ha causado gran preocupación entre los fieles son las nuevas restricciones aprobadas el 22 de octubre para combatir la segunda ola de la pandemia, que prohíben totalmente la celebración de Misas públicas. La pena prevista en caso de infracción de esas normas incluye la posibilidad de multa e incluso prisión del sacerdote celebrante.

Salesianos inauguran museo dedicado a Don Bosco

El 4 de noviembre fue inaugurado en el barrio de Valdocco, Turín, el Museo Casa Don Bosco, a fin de que los peregrinos puedan conocer mejor la historia del lugar en que surgió el primer Oratorio fundado por él, aprovechando un edificio preexistente: la Casa Pinardi.

A la inauguración asistieron el rector mayor, el P. Ángel Fernández Artime; la Madre general de las Hijas de María Auxiliadora, Yvonne Reungoat, el P. Pascual Chávez, noveno sucesor de Don Bosco, además de los responsables de las obras arquitectónicas de la congregación y



Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese gratuitamente en es.gaudiumpress.org

- 30 días con el Papa
- Mundo
- América Latina
- Roma
- Espiritualidad

Furiosas profanaciones en Chile

Manifestaciones ocurridas el 18 de octubre en Santiago de Chile desembocaron en violentos ataques contra dos históricas iglesias localizadas en el centro de la capital: la de San Francisco de Borja y la de la Asunción.

Individuos encapuchados invadieron los templos y, después de saquear su interior y destruir varias imágenes, le prendieron fuego. La torre que remata la fachada de la iglesia de la Asunción, una de las más antiguas de la capital chilena, fue completamente consumida por el incendio. Gritos de alegría se oían entre los rebeldes cuando cayó al suelo envuelta en llamas.

En las redes sociales circularon abundantes imágenes de los autores del acto vandálico vanagloriándose de sus hazañas. En las paredes de la iglesia de San Francisco de Borja fueron escritas frases blasfemas como, por ejemplo, «muerte al Nazareno». Igualmente se puede ver en videos publicados por los propios profanadores el momento en que una imagen de la Virgen es derrumbada de lo alto de la fachada principal.

Hubo también, al día siguiente, un intento de incendiar la iglesia de San Francisco, en la ciudad de La Serena. Los criminales rompieron puertas, hicieron pintadas en sus paredes y amontonaron los bancos del templo para quemarlos, pero se lo impidieron los Carabineros.



Capturas de pantalla de un vídeo difundido por la EWTN que muestra el ataque a la iglesia de la Asunción

embajadores de los países latinoamericanos con presencia salesiana.

Precedió a la ceremonia inaugural una solemne Celebración Eucarística en la basílica de María Auxiliadora, muy próxima del lugar. Durante la misma, el P. Fernández Artime recordó que por los pasillos de la Casa Pinardi «pasaron once personas que la Iglesia reconoce como venerables, beatos o santos. Esto significa que Valdocco fue una escuela de humanidad y santidad, y queremos transmitir esta herencia al mundo».

Católicos de Indonesia se reúnen para rezar el Rosario

Por iniciativa de la Dirección Nacional de las Obras Misioneras Pontificias (OMP) de Indonesia fue promovido, en sus treinta y siete diócesis, el

rezo del «Rosario misionero» durante todo el mes de octubre.

La campaña, que fue apoyada por todos los obispos del país y divulgada en las redes sociales, invitaba a los fieles a reunirse en sus comunidades parroquiales, asociaciones y familias para rezar en conjunto la oración mariana.

Continúan los actos sacrílegos y las profanaciones

Siguen multiplicándose los actos sacrílegos y profanaciones de templos alrededor del mundo. Un ejemplo de esto es lo que sucedió en la iglesia de San José de los Arroyos, Paraguay, donde, la mañana del 21 de octubre, los parroquianos se encontraron con signos de un posible ritual satánico: una imagen de la Vir-

gen quemada, el sagrario abierto y las partículas consagradas esparcidas por el suelo.

Cuatro días después, unos ladrones robaron uno de los sagrarios de la parroquia de la Virgen del Mar, de Madrid, y saquearon otro, sustrayendo así las hostias consagradas que había en ambos. Al día siguiente, 26 de octubre, unos delincuentes invadieron la iglesia de San Wolfgang en Bischof-Wittmann-Straée, Alemania, e hicieron desaparecer las reliquias del santo, muy bien protegidas por un cristal blindado. Y el 6 de noviembre unos alborotadores mancharon de pintura roja un crucifijo venerado en la parroquia de Nuestra Señora de Luján, de la localidad argentina de El Bolsón, y marcaron con el símbolo anarquista otra imagen del Señor.



Corazones inocentes... ¡como el mío!

Felipe quería cumplir el deseo de su Amigo.
Pero estaba nevando y su madre no le dejaba
salir de casa... ¿Qué hacer?



Hna. Ana Belén Espínola Gravo, EP

Se estaban enfrentando a una tremenda tempestad, con olas enormes y muy violentas. El mástil principal se balanceaba de un lado para otro y Juanito, junto con Felipe, ya no conseguía sujetar las cuerdas de las velas.

Al parecer el barco ya iba a hundirse y cuando todo definitivamente estaba perdido se escuchó una amable voz... que procedía del interior de la casa:

—¡Mateo, la comida está lista...! ¡Avisa a tus amiguitos!

—Vamos, que mi madre nos llama... Y además creo que necesitamos recuperar las fuerzas —decía Mateo apenado.

—¡Justo ahora que el juego se estaba poniendo interesante! —añadió Juan levantándose.

—Pero Juan, hombre, ¿no crees que debemos comer algo después de tan duro combate? Hace dos horas que tomamos un refrigerio y...

—Claro, Felipe, tú siempre estás con hambre.

—Que os parece —interrumpe Mateo— si después de la comida hacemos algo diferente, por ejemplo, ir al jardín de la catedral de María Auxiliadora? Allí hay muchos arbustos y abetos para esconderse, por no mencionar su lindísimo césped...

Juan se entusiasmó con la idea:

—¡Fenomenal, Mateo! Pídele permiso a tu madre y nosotros hablaremos con las nuestras.

Después de la comida los tres niños salieron corriendo hacia el jardín de la catedral, pertrechados con cuerdas, pelotas y una bolsa de dulces que le había dado la madre de Felipe.

Al llegar al lugar, decidieron jugar al escondite. Mientras Felipe contaba hasta diez los otros dos huyeron lejos. Mateo entró en medio de los abetos y Juanito se metió entre los arbustos. Éste se había apartado bastante y de pronto vio entre los árboles un bulto blanco: parecía una imagen de la Virgen. Se acercó y reconoció la figura de María Auxiliadora, que

en su regazo llevaba al Niño Jesús, el cual tenía los brazos abiertos.

El pequeño Juan enseguida se dio cuenta de que la imagen estaba muy sucia y abandonada, quizá por encontrarse en un sitio tan distante de la catedral; entonces recogió algunas ramas del suelo y trató de usarlas para limpiarla, quitándole las telas de araña, polillas y otros insectos.

—¡Ajá! ¡Te encontré, Juan!

Felipe ya se disponía a regresar a la base, pero cuando vio que su amigo ni le hacía caso le preguntó qué estaba haciendo.

—Mira, Felipe. Fíjate lo sucia y olvidada que está. Estoy intentando limpiarla.

—¿Y qué está haciendo aquí esa imagen en medio de...?!

—¡Juan! ¡Felipe! ¿Dónde estáis? ¿Ya ha terminado el juego? —gritaba un poco angustiado el tercero de los amigos.

—¡Ven aquí, Mateo! Hemos encontrado una bonita imagen de la Virgen, pero está muy sucia.

—¡Uf, qué alivio...! Pensaba que os habíais olvidado de mí y os habíais marchado —iba diciendo hasta llegar a donde estaban los otros dos—. ¡Vaya! De hecho, es muy bonita; y el Niño Jesús...

—Parece que está muy triste —completó Juanito—. ¿Será porque nadie juega con Él? Ya sé: vamos a invitarlo a participar en nuestros juegos.

—Pero si no puede despegarse del rezago de la Virgen...

—Bueno, sólo hay que pedirle permiso a Ella, Felipe. Vamos a rezar una avemaría y a ver qué pasa: «Dios te salve, María...».



Se acercó y reconoció la figura de María Auxiliadora

En ese momento, la imagen del divino Infante cobró vida! Dio un salto, se quedó mirando a los tres niños, que estaban asombrados, y les dijo estas palabras:

—Muchas gracias por haberme invitado a jugar con vosotros. Hacía tiempo que nadie venía a visitarnos.

—Pe... pero ¿estamos soñando? ¡El Niño Jesús nos está hablando y quiere jugar con nosotros! Nunca pensé que la Virgen se tomaría en serio nuestra petición.

—Sí, Felipe —le respondió sonriendo el divino Niño—, todo lo que le pidáis a mi Madre, Ella os lo concederá. Basta tener fe.

—Sabe mi nombre... —le susurró Felipe a Mateo al oído.

—¿Nos puedes contar por qué tenías esa cara tan triste? —le preguntó Juanito.

—Días y días solo, sin que nadie jugara o hablara conmigo, olvidado y puesto de lado por los que cuidan del santuario, lleno de bichos y telas de araña: ¡he ahí mi tristeza!, y abrazar a todos los que vienen a rezar a los pies de mi Madre, mi deseo.

—¿Por eso tus brazos están abiertos de esa manera?

—Así es.

—Entonces, ¿te podemos dar un abrazo? —le preguntó entusiasmado el pequeño Mateo.

—¿Y quieres jugar después a la pelota con nosotros? —añadió Felipe, contentísimo.

—Claro que sí, amigos míos: me alegra muchísimo cuando me encuentro con corazones inocentes, como el mío! Me gustaría que vierais todos los días para rezarle una avemaría a mi Madre; yo mismo os estaré esperando para daros un abrazo. Deseo mostrarles a los hombres los torrentes de bondad que desbordan de este pequeñito y humilde corazón mío.

Los niños nunca jamás se olvidaron de aquel día extraordinario en el que habían jugado y convivido con

Dios! Por otra parte, no podían dejar de cumplir la petición de su divino amigo. Así pues, de manera inflexible, fueron diariamente a aquel jardín y, una vez a la semana, limpiaban la imagen milagrosa.

Sin embargo, el invierno había llegado y todo se cubrió de nieve. La madre de Felipe, con recelo de que se resfriara, no le permitía que fuera a la catedral para «jugar». Entristecido, el niño no sabía qué hacer...

Antes de irse a dormir, se arrodilló delante de una imagen de la Virgen y le rezó una avemaría. Se acostó y, mientras esperaba que le viniera el sueño, intentaba explicarle a su Amigo lo que había pasado y por qué no había ido a visitarlo.

De pronto, la puerta se abrió discretamente y entró un Niño muy pequeñito. Se subió en la cama y le dijo:

—No pudiste ir a visitarme, ¡entonces he venido yo a visitarte!

E, inclinando su cabecita sobre el corazón de Felipe, continuó:

—El corazón de un niño obediente es mi descanso y la compañía de los que me aman es mi alegría. ✧



Una vez a la semana, los niños limpiaban la imagen milagrosa

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Beato Juan Beche, presbítero y mártir (†1539). Abad del monasterio benedictino de Colchester, Inglaterra, condenado a muerte durante el reinado de Enrique VIII.

2. San Habacuc. Profeta del Antiguo Testamento que, ante la iniquidad y violencia de los hombres, anunció el juicio de Dios, pero también su misericordia.

3. San Francisco Javier, presbítero (†1552 Shangchuan - China).

San Birino, obispo (†c. 650). Enviado como misionero entre los anglos por el Papa Honorio I,

logró la conversión del rey Cingilo y estableció su sede episcopal en Dorchester.

4. San Juan Damasceno, presbítero y doctor de la Iglesia (†c. 749 Mar Saba - Israel).

Santa Bárbara, virgen y mártir (†s. III). Oriunda de Nicomedia, actual Izmit, Turquía, su padre se enfureció cuando ella se hizo cristiana y la entregó a los jueces. Fue sometida a los tormentos más horribles.

5. Beato Bartolomé Fanti, presbítero (†1495). Sacerdote carmelita que predicaba con la palabra y con el ejemplo el amor a la Eucaristía y la devoción a María.

6. II Domingo de Adviento.

San Nicolás, obispo (†s. IV Mira - Turquía).

Beata Luisa María Cañizares, virgen y mártir (†1936). Catedrática de la Universidad de Valencia, España, fue presa en una checa por haber dado testimonio de su fe. Tras dos semanas de malos tratos, le extrajeron los ojos y le seccionaron la lengua antes de fusilarla.

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia (†397 Milán - Italia).

Santa María Josefa Rossello, virgen (†1880). Fundó en Savona, Italia, el Instituto de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

8. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

Beato Juan Minami Gorozae-mon, mártir (†1603). Padre de familia asesinado en Kumamoto, Japón, por rechazar la orden del gobernador de renunciar de la fe.

9. San Juan Diego Cuauhtlatzín (†1548 Ciudad de México).

San Cipriano, abad (†s. VI). Vivió en el monasterio de Genouillac, cerca de Périgueux, Francia, donde se dedicó con esmero al cuidado de los enfermos.

10. Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir (†c. 304). Con tan sólo 12 años no dudó en entregar su vida por amor a Dios en Mérida, España.

11. San Dámaso I, Papa (†384 Roma).

Beato Jerónimo Ranuzzi, presbítero (†c. 1468). Se hizo sacerdote de la Orden de los Siervos de María y fue profesor en varias casas de estudios de los Servitas en Italia.

12. Nuestra Señora de Guadalupe.

San Finiano, abad (†549). Fundó varios monasterios en Irlanda, entre ellos el de Clonard, donde falleció.

13. III Domingo de Adviento.

Santa Lucía, virgen y mártir (†c. 304/305 Siracusa - Italia).

San Pedro Cho Hwa-so y cinco compañeros, mártires (†1866). Laicos torturados y decapitados durante la persecución en Corea.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y doctor de la Iglesia (†1591 Úbeda - España).

San Venancio Fortunato, obispo (†d. 600). Obispo de Poitiers, Francia, compuso himnos a la Santa Cruz de Cristo y escribió las gestas de muchos santos.

15. Beato Marino, abad (†1170). Promovió el esplendor de la liturgia en la abadía benedictina de Cava dei Tirreini, Italia, y fue admirable en la fidelidad al Papa.

16. Beato Filipe Siphong Onphitak, mártir (†1940). Padre de familia



Francisco Lecaros

San Pedro Canisio - Iglesia del Espíritu Santo, Salamanca (España)

y catequista fusilado durante la persecución en Tailandia.

17. San Cristóbal de Collesano, monje (†s. X). Gran impulsor de la vida monástica en el sur de Italia.

18. San Malaquías, profeta. Después del destierro de Babilonia, anunció el gran día del Señor y su venida en el Templo.

19. Beatas María Eva de la Providencia y María Marta de Jesús, vírgenes y mártires (†1942). Religiosas de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción fusiladas en Slonim, Polonia.

20. IV Domingo de Adviento.

San Ursicino (†c. 620). Monje irlandés, discípulo de San Columbano, que se estableció como ermitaño en una cueva al pie del monte Jura, cerca de Ginebra, Suiza, atrayendo a muchos discípulos.

21. San Pedro Canisio, presbítero y doctor de la Iglesia (†1597 Friburgo - Suiza).

Beato Domingo Spadafora, presbítero (†1521). Nacido de familia ilustre y acomodada de Sicilia se hizo dominico en Palermo. Trabajó diligentemente en el ministerio de la predicación.

22. Santa Francisca Javier Cabriani, virgen (†1917). Fundadora del Instituto de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. De origen italiano, falleció en Estados Unidos, país donde se dedicó con eximia caridad al cuidado de los emigrantes.

23. San Juan de Kety, presbítero (†1473 Cracovia - Polonia).

Beato Nicolás Factor, presbítero (†1583). Sacerdote franciscano que, abrasado de amor a Dios,

fue arrebatado varias veces en éxtasis. Murió en Valencia, España, con 63 años.

24. Santa Paula Isabel Cerioli, viuda (†1865). Tras el fallecimiento de su marido y de sus hijos fundó el Instituto de las Hermanas de la Sagrada Familia, de Bérgamo, y una congregación religiosa masculina del mismo nombre.

25. Solemnidad de la Natividad del Señor.

Beato Miguel Nakashima, mártir (†1628). Religioso jesuita y catequista japonés que alcanzó la corona del martirio al ser sumergido en agua hirviendo.

26. San Esteban, diácono y protomártir.

San Eutimio, obispo y mártir (†824). Condenado al destierro por el emperador bizantino Miguel II por defender el culto de las sagradas imágenes, fue flagelado hasta la muerte en Sardes, actual Turquía.

27. Fiesta de la Sagrada Familia: Jesús, María y José.

San Juan, apóstol y evangelista.

Beato Alfredo Parte, presbítero y mártir (†1936). Religioso de la Orden de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, fusilado en Santander, durante la guerra civil española.

28. Los Santos Inocentes, mártires.

Beata Mattia Nazarei, virgen (†c. 1326). Perteneciente a la familia noble de Matelica, Italia, huyó de casa a los 18 años e ingresó en el convento de Santa María Magdalena, del cual más tarde fue abadesa.

29. Santo Tomás Becket, obispo y mártir (†1170 Canterbury - Inglaterra).



Francisco Lecaros

Santa Eulalia de Mérida
Catedral de Oviedo (España)

San Marcelo, abad (†c. 480). Superior del monasterio de los Acemetes, de Constantinopla, donde los monjes día y noche cantaban sin parar el Oficio Divino, turnándose en varios coros.

30. Beata Margarita Colonna, virgen (†1280). Joven de familia principesca, distribuyó su gran fortuna entre los pobres y fundó un monasterio de Clarisas en Palestrina, Italia, donde se dedicó a la oración, penitencia y contemplación.

31. San Silvestre I, Papa (†335 Roma).

San Juan Francisco Regis, presbítero (†1640). Jesuita francés, incansable predicador de misiones.

Un caramelo lleno

El brillante resultado de la experiencia se transformó en tradición. De Alemania, los bastoncitos se extendieron a toda Europa, convirtiéndose en uno de los ornatos más simbólicos de la Navidad.

Con canciones, colores, luces, adornos e iguarias, en diciembre se celebra la festividad más esperada del año. Y aunque los meses anteriores transcurrieran sin mucha devoción o fe, gracias especiales llaman a la puerta de las casas, desde la más humilde hasta la más acomodada. ¡Todas las familias conmemoran el Nacimiento del Niño Jesús!

En algunos países hay un detalle que no puede faltar: el bastón de caramelo o *candy cane*, por su nombre en inglés. Sencilla y bella, esta peculiar golosina ha servido de encantador adorno en las fiestas navideñas, alegrando con su presencia a grandes y pequeños.

La tradición surgía en el siglo XVII, en Alemania, cuando el maestro de capilla de la catedral de Colonia halló la solución para evitar el ruido que hacían los niños durante los conciertos navideños. Cada año, una presentación musical en honor al Recién Nacido era organizada allí con esmero germánico. La cuidadosa elección de las melodías, la variedad de los instrumentos, la primorosa afinación hacía de aquellos homenajes un momento ansiosamente esperado.

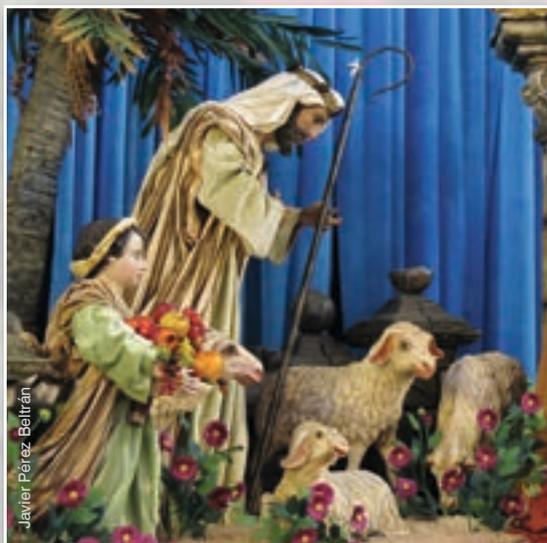
No obstante, la impecable ejecución musical siempre se veía interca-

lada de llantos, jugueteos y gritos infantiles... Como esto, evidentemente, entorpecía la presentación, el director le encargó a un confitero que elaborara unos palitos de azúcar con el fin de mantener entretenidos a los críos durante el concierto.

Ahora bien, repartir dulces en una ocasión tan piadosa —y más aún dentro de la iglesia— necesitaba una justificación. Entonces le pidió que los hiciera en forma de bastón, aludiendo a los pastores que visitaron al Niño Jesús, y que fueran de color blanco, con el objetivo de simbolizar a través de éste el parto virginal de María.

Tras su distribución se consiguió que, finalmente, las cantatas obtuvieran el éxito merecido. El brillante resultado de esa experiencia se transformó en tradición. De Alemania, los *zuckerstangen* (en su lengua original) se extendieron a toda Europa, siendo repartidos también durante las piezas teatrales navideñas. Se convertían, así, en uno de los ornatos más simbólicos de ese período litúrgico.

Fueron apareciendo nuevas explicaciones para vincular todavía más esos bastoncitos al Nacimiento del Redentor: unos consideraron su dulzura como una rememoración de que somos alimentados y reconfortados



Javier Pérez Beltrán



Éric Salas

de simbolismo



Hna. Leticia Gonçalves de Sousa, EP



Gustavo Kralj

con las palabras del Evangelio; otros compararon su formato a la primera letra del nombre de Jesús, el Buen Pastor. Hubo quienes afirmaron que la solidez del palito de azúcar era símbolo de Cristo, roca firme para los fieles y piedra de escándalo para los que lo rechazan. Y, para que no faltaran razones, también identificaron su rigidez con la fuerza de la Iglesia Católica.

El bastón tradicional es recorrido por tres líneas rojas, número que remite a la Santísima Trinidad. Algunas personas atribuyen su color rubro a los sufrimientos de los cristianos unidos a los del Reden-

tor. La mayoría, sin embargo, cree que es un recuerdo de la Preciosísima Sangre derramada por amor a los hombres.

El sabor a menta que el dulce adquirió más tarde evoca el aroma del hisopo, arbusto cuyas ramas se usaban en el Antiguo Testamento para asperger con sangre al pueblo. Al estar ligada la idea de sacrificio y purificación, la presencia de esta planta en el sabor de los bastoncitos recuerda que el Señor nos lavó del pecado y nos santificó por los méritos de su Pasión y Muerte en la cruz.

Esas son algunas de las diversas analogías que el *candy cane* desper-

tó en las mentes piadosas, haciéndolas que se elevaran de una realidad material, sencilla y corriente al firmamento de la vida sobrenatural.

Y nosotros, en este caótico siglo XXI, cuando una especie de «visera» espiritual parece que les impide a los hombres contemplar lo que hay de más alto, ¿sabremos elevar nuestro espíritu hacia el verdadero significado de la Navidad? Sirvámonos de los riquísimos simbolismos que rodean las conmemoraciones del Nacimiento de Cristo para elevar nuestros corazones, preparándolos para su venida. ✧



João Paulo Rodrigues Chaves



Francisco Lecaros

Se asocia el formato del bastón de caramelo al nombre de Jesús, el Buen Pastor; se relaciona el color rubro de sus rayas con la Preciosísima Sangre del Redentor

De izquierda a derecha: Detalle del belén del santuario del Señor San José - Ciudad de Guatemala; Santo Niño del Remedio - Real Colegiata de San Isidro, Madrid; belén de la casa de formación Thabor, Caieiras (Brasil); Niño Jesús Buen Pastor - Iglesia del Santo Ángel, Córdoba (España)



*A ún no hablaba, pero era el Consejero admirable;
no andaba, pero era el Dios fuerte, que movía el
universo; se presentaba indefenso ante los hombres
y era el Hijo del Padre eterno, el Príncipe que establecería
la paz en el mundo.*

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP